

Audiolibro La Tierra Mile Zola Cap
Tulos 9 Al 12

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Roxana Macduff** (*Mountain View*) - - - - 9. DESDE el día antes trabajaba Juan en las pocas tahullas de prado que pertenecían a la Borderie, en las orillas del Aigre. Desde el amanecer hasta por la noche se había oído el ruido de las hoces de las segadoras, y aquella mañana debía acabarse el trabajo. Como la granja no tenía máquina para henear, le consintieron que tomase dos mujeres a jornal para hacer esa operación: Palmira, que se mataba a trabajar y era más fuerte que un hombre, y Francisca, que se había ajustado por capricho, porque le divertía aquella faena. Las dos habían ido con él a las cinco de la mañana, y con sus grandes horquillas extendieron la hierba que, hecha pequeños haces el día anterior, para preservarla de los efectos del rocío, estaba recogida en una de las lindes del prado. El sol brillaba en un cielo ardiente y puro, refrescado por ligera brisa. Después de almorzar, cuando Juan volvió al trabajo con sus heneadoras, ya estaba seco todo el heneo del primer apartado, Juan tocó el heno y lo encontró seco y crujiente. - Vamos a darle otra vuelta y mañana empezaremos a parvear. Francisca, vestida con una falda de tela gris, se había puesto a la cabeza un pañuelo azul, uno de cuyos picos le azotaba la nuca, mientras otros dos flotaban libremente sobre sus mejillas, protegiéndole la cara de los ardores del sol. Balanceando la horquilla, cogía el heno y lo lanzaba al viento, que se lo llevaba y lo dejaba caer de nuevo en forma de polvo de oro. Las hierbecillas volaban, despidiendo fuerte y penetrante aroma, el olor cálido de las hierbas cortadas y de las flores marchitas. Ella sentía también el calor, por efecto de aquel movimiento continuo, que la desvanecía. - ¡Ah, pequeña! - dijo Palmira con su voz doliente. Bien se ve que eres joven. . . Ya verás como esta noche te duelen los brazos. No estaban solas; todo Rognes segaba y heneaba al mismo tiempo en los prados contiguos. Antes de amanecer se hallaba en el suyo Delhomme, que sabía que la hierba húmeda por el rocío es fácil de cortar, puesto que está tierna, y que luego se endurece a medida que está sometida a la acción del sol. La oía crujir bien a aquella hora, bajo el filo de su hoz, enérgicamente manejada por sus nervudos brazos. Más cerca, lindando casi con las tierras de la granja, había dos parcelas, una de Macqueron y la otra de Lengaigne. En la primera estaba Berta, vestida de señorita, con una falda de volantes y un sombrero de paja, acompañando a las heneadoras, por distracción; pero, cansada ya, permanecía apoyada en su horquilla a la sombra de un árbol. En la otra, Víctor, que trabajaba en lugar de su padre, acababa de sentarse y descansaba un momento, con la hoz entre las piernas, golpeándola contra una piedra. Desde hacía diez minutos, en el profundo silencio de los campos, no se oía más ruido que aquel golpeteo cadencioso. Francisca se acercaba a Berta. - ¿Te has cansado ya? - Un poco. ¡Cuando no se tiene costumbre! Empezaron a charlar y hablaron en voz baja de Susana, la hermana de Víctor, a quien los Lengaigne habían colocado en un taller de modista, en Chateaudun, y que, a los seis meses de estar allí, se había escapado a Chartres, para dedicarse a la vida. Decían que se había ido con el pasante de un notario. Todas las muchachas de Rognes cuchicheaban acerca de ella y se forjaban en su imaginación multitud de pormenores pintorescos. Dedicarse a la vida era entregarse a orgías de jarabe de grosella y agua de Seltz, en medio de una porción de hombres, que pasaban a docenas por su cama. - Sí, hija mía, así es... ¡Te aseguro que la estarán poniendo buena! Francisca se quedaba estupefacta y abría desmesuradamente los ojos. - ¡Vaya diversión! - dijo por fin. Pero si no vuelve, los Lengaigne se quedarán solos, porque Víctor tendrá que marchar, puesto que ha caído soldado. Berta, que sentía los mismos odios que su padre, se encogió de hombros. ¿Qué les importaba aquello a los Lengaigne? No tendrían más que un pesar: que su hija no se hubiera quedado en casa, aunque fuese para entregarse a todos los hombres, pero ayudándolos a cuidar de su expendedoría de tabaco. Pues qué, ¿no la había disfrutado ya un tío suyo, de cuarenta años, antes que marchase a Chateaudun? Y bajando todavía más la voz, Berta explicó, con todos los pormenores, la manera como había ocurrido la escena. Francisca, muerta de risa, la escuchaba y encontraba todo aquello muy extraño. - ¡Oh, caramba, qué estupidez hacer esas cosas! Empeñó de nuevo el trabajo y se alejó, echando al aire la hierba y sacudiéndola al

sol. Seguía oyendo persistentemente el ruido de la hoz golpeando la piedra que Víctor tenía a sus pies, y algunos minutos después acercóse al joven y empezó a hablar con él. - ¿Conque te vas de soldado? - ¡Oh, en octubre! Tengo tiempo y no hay prisa ninguna. Resistíase Francisca a hablarle de su hermana, y, sin embargo, no pudo menos que sacar la conversación. - ¿Es verdad lo que dicen por ahí, que Susana está en Chartres ahora? Pero él contestó con la mayor indiferencia: - Parece que sí... ¡Si eso la divierte! De pronto exclamó, al ver llegar a lo lejos a Lequeu, el maestro de escuela, que parecía ir de paseo: - ¡Allí hay uno para la hija de Macqueron! ¿No lo decía yo? Ya se ha parado y le mete la nariz entre los cabellos..., Anda, huele, huele todo lo que quieras, que con el olor te quedarás. Francisca se echó a reír otra vez, y Víctor se despachó a su gusto, hablando mal de Berta para satisfacer su odio de familia. Indudablemente, el maestro de escuela no valía gran cosa; era un bribón que pegaba a los chicos, un hipócrita cuyas opiniones nadie conocía, muy capaz de convertirse en el perrillo faldero de la chica para apoderarse del dinero del padre. Pero Berta tampoco era muy católica, a pesar de sus humos de señorita educada en un colegio. Por más que llevase faldas con volantes y chaquetas de terciopelo, y que en vez de polisón se pusiese trapos en el trasero, mona se quedaba, y por dentro era una bribona de tomo y lomo, porque en los colegios de Chateaudun se aprendían cosas mucho peores que en el pueblo, cuidando vacas y llevándolas a pacer. No había cuidado de que se dejara hacer un chico; le gustaba más estropearse la salud ella sola. - ¿Y cómo se hace eso?-preguntó Francisca, que no comprendía. Víctor hizo un gesto; ella se puso seria y dijo sin inmutarse: - Por eso será entonces por lo que siempre habla de porquerías y se me pone encima. El muchacho se había puesto a golpear de nuevo el mango de la hoz contra la piedra, y, entre golpe y golpe, deslizaba una frase. - Entonces ya sabrás que no tiene nada... - ¿Dónde?... - Que está pelada..., No tiene pelos, y por eso los muchachos la llaman la pelada. - Pero ¿qué pelos? - Pues los pelos de cierto sitio, que lo tiene tan liso como la palma de la mano. - ¡Calla, embustero! - ¡Cuando te digo que sí! - ¿Lo has visto tú? - Yo no, pero otros sí. - ¿Qué otros? - Pues otros muchachos que juran habérselo visto. - ¿Y cómo y desde dónde lo han visto? - Como se ven esas cosas cuando arrima uno las narices a ellas o las toca. Yo no sé; pero es necesario haber dormido con ella para saberlo, porque hay momentos en que se remanga las faldas, ¿no es verdad? - Entonces habrán tenido que ir a espiarla. - En fin, no sé cómo, pero la verdad es que, según dicen, lo suyo parece un bicho feo, muy feo, así como un pajarraco recién nacido y todavía sin plumas, que abre el pico desmesuradamente. Francisca se echó a reír como una loca. La imagen del pajarraco sin plumas le hacía mucha gracia y le parecía muy ingeniosa, y no se calmó ni continuó heneando hasta que vio por la carretera a su hermana Elisa, que se encaminaba hacia el prado. Ésta se acercó a Juan para decirle que había decidido ir a casa de su tío, con objeto de hablar a Buteau; hacía tres días que tomara esa resolución, y prometió pasar por allí a la vuelta, para darle cuenta del resultado de la entrevista. Cuando se alejó la joven, Víctor volvió a golpear la piedra. Francisca, Palmira y las otras mujeres seguían aventando la hierba. A lo lejos, los segadores trabajaban sin detenerse, con el mismo movimiento rítmico, doblados por los riñones, inclinados hacia el suelo, con la hoz en continuo movimiento, retirándola y acercándola al cuerpo con un compás regular y cadencioso. Delhomme se detuvo un momento y se puso en pie, destacándose entre todos por su elevada estatura, con el cuerno de toro lleno de agua pendiente del cinturón, al lado de la bolsa, de la que sacó una piedra negra, en la cual se puso a afilar la hoz. Luego desapareció su silueta y volvió a oírse el ruido de su instrumento de siega, cebándose en la hierba. Elisa llegó a casa de los Fouan. Creyó al principio que no había nadie, porque el lugar parecía enteramente abandonado. Rosa se había desprendido de sus dos vacas y el viejo acababa de vender el caballo; ya no había allí ni bestias, ni trabajo, ni nada que hiciese ruido en la casa ni en el corral. La puerta, sin embargo, cedió al empujón de Elisa, y la joven penetró en la desierta y sombría sala baja; encontró allí al tío Fouan, en pie, comiendo un pedazo de pan y queso, en tanto que su mujer, sentada y con los brazos cruzados, la contemplaba, extática. - Buenos días, tía. ¿Qué tal va? ¿Están buenos? - Sí, no va mal -respondió la tía, cuya cara se animó, satisfecha por aquella visita. Ahora que somos burgueses, nos estamos sin hacer nada desde por la mañana hasta por la noche. Elisa quiso también ser amable con su tío. - Por lo que veo, hay buen apetito, ¿eh? - ¡Oh!, -contestó el viejo. No tengo hambre..., pero como de cuando en cuando, por hacer algo..., Así parecen más cortos los días. Tenía un aire tan sombrío, que Rosa empezó a hablar, sin duda para animarle, de las ventajas de vivir sin trabajar y de comer de sus rentas. Levantarse tarde, frotarse las manos, reírse de si hace calor o frío, no tener preocupaciones de ninguna clase. Aquello sí que era bueno. ¡Un paraíso! ¡Qué diferencia de antes! El viejo, excitado por aquella pintura, se excitaba y revivía, creyendo que era verdad, por más que, bajo aquella alegría forzada, observábase el fastidio profundo, el suplicio de la ociosidad que atormentaba a dos viejos, desde que sus brazos, inertes de pronto, se desperezaban en el reposo, semejantes a máquinas antiguas arrinconadas y vendidas como hierro viejo. Por fin Elisa se decidió a hablar del objeto de su visita. - Tío, me han dicho que usted habló con Buteau. - ¡Buteau es un granuja! -exclamó Fouan, furioso de pronto, sin dejarla concluir. Si no se hubiese obstinado como un animal, ¿hubiera yo tenido la desagradable cuestión que tuve con Fanny? Era el primer roce entre

él y sus hijos, y por lo mismo le era más doloroso y amargo. Al confiar la parte de Buteau a Delhomme, había pretendido arrendarla por ochenta francos la hectárea, mientras que Delhomme no quería pagar más que una pensión doble, doscientos francos por su parte y otros doscientos por la del otro. La cosa era justa, y el viejo se ponía rabioso cuando pensaba que no había encontrado razones para exigir más. - ¿Y qué?-preguntó Elisa-. ¿Los Delhomme no pagan bien? - ¡Oh, sí!, -respondió Rosa-, El día que cumple el trimestre, sin falta, a las doce de la mañana está el dinero ahí, encima de la mesa... ¡Pero hay maneras y maneras de pagar! ¿No es verdad? Tu tío, que es muy susceptible, sobre todo desde que ha tenido el disgusto con Buteau, quisiera que le guardasen más consideraciones, y no le gusta que Fanny venga a nuestra casa como iría a la de un usurero, como si le robaran. - Sí, -añadió el viejo-, pagan y nada más. Yo creo que eso no es bastante. Era menester que tuviesen miramientos y respeto... Pues qué, ¿creen que han cumplido con dar su dinero?... Aquí nos tienes hechos unos simples acreedores, y ni siquiera puede uno quejarse... ¡Y menos mal si pagaran todos!... El viejo se interrumpió y hubo un momento de embarazoso silencio. Aquella alusión a Jesucristo, que no les había dado un céntimo, bebiéndose su parte, que hipotecaba poco a poco, desolaba a la madre, siempre dispuesta a defender al ganapán, su predilecto, la niña de sus ojos. Echóse a temblar, al ver que iban a hablar mal de él, y se apresuró a decir: - ¡No te quemes la sangre con esas tonterías! .Puesto que nosotros somos dichosos ¿qué te importa lo demás? Cuando se tiene bastante, se tiene bastante y se acabó. Jamás se le había resistido de aquel modo. Él la miró con fijeza. - ¡Hablas demasiado, vieja! Quiero ser feliz, pero es necesario, además, que no me fastidien. Ella guardó silencio, en tanto que su marido acababa de comer el pan y el queso que tenía en la mano, conservando mucho rato en la boca el último bocado y mascándolo muy despacio, para que durase más el entretenimiento. La silenciosa sala parecía aún más triste y sombría. -Pues yo quisiera saber -continuó Elisa, -qué piensa Buteau respecto a mí y a su hijo... No le he molestado nunca, y creo que ya es hora de decidirse. Los dos viejos no decían palabra. La joven interrogó directamente a su tío: - Puesto que le han visto, les habrá hablado de mí.. ¿Qué ha dicho? - ¡Nada, ni palabra..., absolutamente nada! El cura me está fastidiando continuamente para que yo arregle eso. ¡Como si fuera posible hacerlo mientras el muchacho no quiera! Llena de incertidumbre, Elisa reflexionaba. - ¿Cree usted que querrá algún día? - Es posible. - ¿Y piensa usted que se casará conmigo? - Es probable. - ¿Me aconseja que espere? - ¡Caramba! Eso depende de las fuerzas con que te sientas. Cada cual hace lo que le parece. Ella guardó silencio, porque no quería hablar de las proposiciones de Juan y porque no sabía de qué medios valerse para obtener una respuesta definitiva y satisfactoria. - Ya comprenderá que me harto de no saber a qué atenerme. Necesito un sí o un no. Usted, tío, podría preguntárselo a Buteau, y yo se lo agradecería muchísimo. Fouan se encogió de hombros. - En primer lugar, no he de volver a hablar a ese granuja... Y, además, hija, ¿a qué apurarle, cuando es tan terco que como diga una vez que no ya no hay medio de que diga que sí nunca? Déjale en libertad y que se case cuando él quiera. - Pues claro -añadió simplemente Rosa, que volvía a su costumbre de no ser más que el eco fiel de su marido. Y Elisa no pudo sacarles una palabra más. Así es que los dejó, volvió a cerrar la puerta de la sala y marchó, dejando que la casa adquiriera de nuevo su aspecto sombrío. En los prados, a orillas del Aigre, Juan y sus dos heneadoras habían comenzado a formar el primer montón de hierba. Francisca era la que lo iba formando. En el centro, subida en un montón grande, disponía y colocaba en círculo los haces de heno que le llevaban Juan y Palmira. Y poco a poco el montón crecía, se alzaba lentamente con ella siempre en medio y metida en la hierba hasta los muslos. Iba ya tomando forma; tenía dos metros de alto; Palmira y Juan se veían obligados a darle los haces con las horquillas, porque no alcanzaban ya con las manos. La faena seguía, sazónada con grandes risas, por la alegría que da siempre el campo y las tonterías que unos a otros se dirigían, excitados por el olor del heno. Francisca, sobre todo, con el pañuelo caído sobre el cuello, la cabeza desnuda y el cabello en desorden, enredado con hierbas y florecillas secas, experimentaba extrañas sensaciones sobre aquel montón movedizo, en que se hundía hasta los muslos. Sus brazos desnudos se sumían también en el heno; cada haz lanzado desde abajo la cubría de una lluvia de pajillas y desaparecía, como si naufragase en aquel mar de hierba. - ¡Ay, ay! ¡Me han picado aquí! - ¿Dónde? - ¡Aquí, en la corva! - Habrá sido una araña. ¡Ten cuidado y aprieta las piernas! Y rieron a más y mejor e hicieron llover las frases de dudoso sentido y las bromas groseras. Delhomme lo advirtió desde lejos y volvió un momento la cabeza, sin dejar de mover la hoz... ¡Ah! Aquella pícara muchacha debía de trabajar en vez de jugar tanto. Echaban a perder a las chicas y sólo trabajaban por divertirse. Y continuó segando a toda prisa. El sol se acercaba al horizonte; los segadores ensanchaban cada vez más los claros que hacían en la hierba. Víctor era el único que no se apresuraba, y al ver que la Trouille pasaba por allí con sus gansos, se escapó disimuladamente para salirle al encuentro, al otro lado de una hilera de árboles, a la orilla del río. - ¡Bueno!-gritó Juan. Ese va en busca de su hembra, que le esperaba de seguro. Francisca soltó la carcajada. - Es demasiado viejo para ella. - ¡Demasiado viejo! ¡Pues mira, se arreglan bien! Y con un silbido especial imitaba tan bien el ruido de un cuchillo que se afila en una piedra de amolar, que Palmira se sujetaba el vientre sin poder contener la risa, como si

sintiera dolores de cólico, a la vez que decía: - ¿Qué demonios tiene Juan hoy? ¡Qué bromista está! Cada vez era preciso tirar más altos los haces. Luego empezaron las bromas sobre Berta y Lequeu, que había acabado por sentarse a su lado. Tal vez la pelada estuviera consintiendo que le hiciese el otro cosquillas con una paja, desde lejos; pero era seguro que el maestro de escuela no conseguiría otra cosa, porque no era para él aquella galleta. - ¡Si será cochino! - exclamó Palmira, que ya no tenía fuerzas para reír más. Entonces Juan la emprendió con ella. - ¡Vamos, que usted no habrá llegado a los treinta y dos años sin que nadie se lo cate! - ¡A mí, jamás; nadie! - ¡Cómo! ¿Ningún muchacho lo ha intentado? ¿No ha tenido novio? - ¡No, ninguno! Se puso pálida, muy seria, y mostraba entristecida aquella cara flaca y macilenta, trabajada por la miseria, en la que brillaban dos ojos de perro fiel a su amo. Tal vez se puso a pensar en su triste vida, sin una amistad, sin un amor, llevando siempre la existencia de una bestia tratada de continuo a latigazos, y muerta de sueño al entrar por la noche en la cuadra. Quedó en pie, con los puños apoyados en el palo de la horquilla, mirando, sin ver, hacia el horizonte. Hubo un momento de silencio. Francisca, inmóvil en lo alto del montón, escuchaba, mientras Juan se detenía un momento para respirar también, y sonreía, sin atreverse a soltar la especie que tenía en la punta de la lengua. Al fin se decidió. - ¿De modo que es mentira eso que dicen que usted se acuesta con su hermano? Palmira se puso roja como la grana y empezó a tartamudear, sorprendida, irritada, sin encontrar el mentís que deseaba formular: - ¡Qué infames! ¿Quién puede creer tal cosa? Y Francisca y Juan, cada vez más alegres, hablaban a la vez, acosándola y desesperándola. ¡Qué demonio! En la cuadra derruida donde vivían ella y su hermano no había medio de moverse sin caer el uno encima del otro. Los jergones estaban juntos, y no tenía nada de extraño que se equivocasen por la noche. - Vamos, si es verdad, confíeselo. Además, lo sabe todo el mundo. Palmira, erguida, furiosa, empezó a defenderse. - Y aunque fuese verdad, ¿qué le importa a nadie?... El pobrecillo no tiene placer ninguno. Soy su hermana y podría ser su mujer, puesto que todas las muchachas le rechazan. Dos lágrimas le corrieron por las mejillas al hacer aquella confesión, en el arrebató de su maternidad por el enfermo, que llegaba hasta el incesto. Después de haberle alimentado, bien podía darle por la noche lo que las otras le negaban, un regalo que no le costaba nada. Y en el fondo de su oscura inteligencia de seres tan pegados a la tierra, de parias cuyo amor nadie había querido, ni siquiera supieron ellos cómo había sucedido: una aproximación instintiva sin consentimiento reflexivo, él atormentado y bestial, ella pasiva y buena para todo, cediendo el uno y el otro al consuelo de encontrar calor, en aquella zahúrda en que tiritaban. - Tiene razón; ¿qué nos importa?- dijo Juan con su aire grave de buen muchacho, conmovido al verla tan disgustada. Eso es cosa de ellos y a nadie hace daño. Pero vino a ocuparlos otra historia. Jesucristo acababa de bajar del castillo, de la antigua cueva que ocupaba, y desde lo alto del camino llamaba a la Trouille con toda la fuerza de sus pulmones, jurando y gritando que su hija había desaparecido hacía dos horas, sin inquietarse por la sopa de la noche. - Tu hija -le gritó Juan, está debajo de los sauces, mirando a la luna, con Víctor. Jesucristo cerró los puños. - ¡Esa perdida me deshonra! Voy a buscar mi látigo. Volvió a subir corriendo. Se refería a un látigo que tenía colgado detrás de la puerta, para aquellas ocasiones. Pero la Trouille había debido de oírle. Percibióse rumor de hojas y ruido de huida, y dos minutos después reapareció Víctor, con paso perezoso, poniéndose otra vez a trabajar. Como Juan desde lejos le preguntase si había tenido cólico, le respondió: - ¡Eso es! Habíase acabado la parva, de una altura de cuatro metros, sólida y redondeada. Palmira, con sus largos brazos, echó los últimos haces, y Francisca, de pie en lo alto, parecía entonces agrandarse sobre el pálido heno con los cabellos pegados a la piel, y tan en desorden, que su corpiño bailaba sobre sus duros pechos, y la saya, suelta, colgaba de sus caderas. - ¡Oh, qué alto está esto! Se me va la cabeza. - Reía, estremeciéndose, vacilando, no atreviéndose a bajar, adelantando un pie para retirarlo en seguida. - No; está muy alto. Ve a buscar una escalera. - Pero, tonta-dijo Juan-, siéntate y déjate resbalar. - ¡No, no, me da miedo; no puedo! Hubo gritos, consejos y bromas picantes. - El, desde abajo, se excitaba, con los ojos levantados, para mirarle las piernas, exasperado de verla tan alta, fuera de su alcance, acometido inconscientemente de un deseo de macho de atraparla y poseerla. - ¡Cuando yo te digo que no te romperás nada...!, Déjate rodar, que caerás en mis brazos. - ¡No, no! Juan se había colocado delante de la parva, extendiendo los brazos y ofreciéndole su pecho para que se tirase. Y cuando, decidiéndose de pronto y cerrando los ojos, se dejó ella caer, su caída fue tan rápida por la resbaladiza pendiente de paja, que le tiró por tierra, estrangulándole casi entre sus muslos. En tierra ya, se ahogaba de tanto reír, diciendo que no se había hecho daño. Pero al sentirla sudorosa y ardiente contra su rostro, él la sujetó. Aquel olor de mujer, aquel violento perfume de paja batida por un fuerte viento, le embriagaba, estremeciendo todos sus músculos en una rabia brusca de deseos. Además, había allí otra cosa, una pasión oculta por aquella niña, que estallaba de pronto; una ternura de los sentidos y del alma, que venía de atrás, y aumentaba con sus miradas y con sus risas, haciendo nacer el deseo de gozarla allí, sobre la hierba. - ¡Oh Juan, basta! ¡Que me ahogas! Reía siempre, creyendo que él jugaba. Y él, habiendo observado la mirada de Palmira, se estremeció y se levantó con el aire de un borracho a quien despeja el encontrarse al borde de un precipicio. ¡ No era a Elisa a quien quería, sino a aquella

chiquilla! Jamás había hecho palpar su corazón la idea de la piel de Elisa rozando contra la suya, mientras que toda su sangre se alborotaba al solo pensamiento de abrazar a Francisca. Ya sabía por qué le gustaba tanto visitar y ser útil a las dos hermanas. ¡Pero la muchacha era tan joven! Quedó desesperado y vergonzoso. Precisamente volvía Elisa de casa de los Fouan. Por el camino había reflexionado. Prefería a Buteau, porque al menos era el padre de su hijo. Los viejos tenían razón, ¿a qué luchar? El día en que Buteau dijera que no, allí estaría siempre Juan, que diría que sí. Elisa le abordó diciéndole: - No hay contestación; el tío no sabe nada..., Esperemos, Juan. Trastornado, estremeciéndose todavía, Juan la miraba sin comprender. Pero en seguida recordó su petición matrimonial, el consentimiento de Buteau, todo aquel asunto que consideraba dos horas antes como ventajoso para ella y para él. Apresuróse a decir: - Sí, sí, esperemos; es lo mejor. Se hacía de noche, y en el cielo brillaba ya una estrella de color de violeta. En el crepúsculo creciente no se distinguían más que los vagos contornos de las primeras parvas, que salpicaban la plana extensión de las praderas. Pero los olores de la tierra caliente se esparcían con más fuerza en la serenidad del aire, y los ruidos se oían mejor, prolongados con una limpidez musical. Los producían voces de hombres y de mujeres, risas que se apagaban, el relincho de un animal y el choque de las herramientas, mientras los segadores trabajaban siempre, sin descansar, agrupándose en un rincón del prado. 10. Dos años pasaron en aquella vida activa y monótona de los campos, y Rognes conoció, con el retorno inmutable de las estaciones y el eterno andar de las cosas, los mismos trabajos, los mismos descansos. Había allí abajo, en el camino, junto a la escuela, una fuente natural, a la que iban a buscar las mujeres el agua para la comida, pues en las casas no la tenían más que para las bestias y el riego. A las seis de la tarde, aquel lugar convertíase en el mentidero del país; los menores acontecimientos encontraban allí un eco, y las mujeres se entregaban a comentarios sin fin sobre la pierna de cordero comida en una casa, o la hija de Fulana, embarazada desde el mes de febrero. Durante aquellos dos años habían rodado los mismos chismes, repitiéndose siempre, de muchachas encintas, de hombres borrachos, de mujeres abofeteadas, de mucho trabajo y mucha miseria. ¡Habían sucedido tantas cosas, y siempre las mismas! Los Fouan, cuya donación de bienes había apasionado tanto, vegetaban tan escondidos, que se los olvidaba. Buteau no se casaba con la mayor de las Mouche, que criaba a su hijo. A Juan se le había acusado de dormir con Elisa, aunque acaso ya no lo hiciera; pero ¿por qué, entonces, continuaba visitando la casa de las dos hermanas? Los chismes de la fuente languidieron algunos días sin la rivalidad de Celina Macqueron de Flora Lengaigne, a quienes la Becu lanzaba una contra otra con el pretexto de reconciliarlas. Luego, cuando todo estaba más en calma, anunciáronse grandes acontecimientos: las próximas elecciones y la cuestión del famoso camino de Chateaudun, que avivaron las murmuraciones. Las vasijas, ya llenas, estaban en fila y las mujeres no se iban. Era sábado. Precisamente al día siguiente el señor de Chedeville, diputado saliente, comía en la granja de la Borderie, con Hourdequin. Hacía su recorrido electoral y trataba de conquistar al granjero, muy influyente en el distrito, aunque estuviese casi cierto de ser reelegido, gracias a que era candidato oficial. Había ido una vez a Compiègne, todo el país le llamaba “el amigo del emperador”, y esto bastaba; se le consideraba como si viviese en las Tullerías. El señor de Chedeville era un antiguo elegante, la flor del reinado de Luis Felipe; guardaba en el fondo del corazón afectos orleanistas, y se había arruinado con las mujeres. No poseía más que su granja de la Chamade, en la que no ponía los pies sino en tiempo de elecciones, descontento, por otra parte, de los productos que iban en baja, y lleno de una gran ambición política, con la que esperaba rehacer su fortuna. Alto, elegante todavía, con la cintura apretada y los cabellos teñidos, se conmovía al ver una saya, por modesta que fuera, y preparaba, según se decía, importantes discursos sobre las cuestiones agrícolas. La víspera había tenido Hourdequin una violenta cuestión con Santiaguilla, que quería tomar parte en la comida. - ¡Tu diputado, tu diputado! ¿Crees que me lo voy a comer, o es que te avergüenzas de mí? Pero él se mantuvo firme y no hubo más que dos cubiertos; ella rabiaba, a pesar del aire galante del señor de Chedeville, que, habiéndola visto, lo había comprendido todo y volvía sin cesar los ojos hacia la cocina, adonde ella se había encerrado dignamente. La comida tocaba a su fin; habían servido una trucha del Aigre, después de una chuleta y dos pichones asados. - Lo que nos pierde -dijo el señor de Chedeville- es esa libertad comercial de que el emperador se ha enamorado. Sin duda las cosas han marchado bien desde que se firmaron los tratados de mil ochocientos sesenta y uno, y se ha creído en un milagro. Pero hoy se dejan sentir los verdaderos efectos, ya ve cómo bajan los precios. Yo estoy por la protección; es preciso que se nos defienda contra el extranjero. Hourdequin, reclinado en su silla, sin comer y con la mirada vaga, contestó lentamente: - La producción del trigo, que está a dieciocho francos el hectolitro, nos cuesta dieciséis. Como baje más, será la ruina... Y todos los años bajará, según se dice. América aumenta sus exportaciones de cereales, que amenazan nuestros mercados con una verdadera inundación. ¿Qué va a pasar? Yo he estado siempre en favor del progreso, la ciencia y la libertad. ¡Pues bien, ahora vacilo, palabra de honor! No podemos morirnos de hambre; necesitamos protección. Volvió a masticar un ala de pichón y continuó; - ¿Sabe que nuestro contrincante, el señor Roche-fontaine, propietario de los talleres de construcciones de

Chateaudun, es un librecambista rabioso? Hablaron un instante de aquel industrial, que ocupaba de mil a mil doscientos obreros; hombre inteligente y activo, muy rico, dispuesto a servir al imperio, pero que, herido por no haber podido obtener el apoyo del prefecto, se había obstinado en presentarse como candidato independiente. Los electores de los campos le trataban como enemigo público, desde el momento en que no estaba con el más fuerte. - ¡Diablo!, exclamó el señor de Chedeville. Quiere que baje el precio del pan, para pagar menos a sus obreros. El dueño de la granja, que iba a llenar un vaso con burdeos, dejó la botella sobre la mesa. - ¡Eso es lo malo! -repuso. De un lado estamos nosotros, los campesinos, que tenemos necesidad de vender el grano a un precio que compense nuestro trabajo, y del otro, la industria, que pide la baja, para disminuir los salarios. Esto es una guerra encarnizada que no sé cómo va a concluir. ¿Lo sabe usted? Había planteado, en efecto, el terrible problema de aquellos tiempos, el antagonismo que mina el cuerpo social. La cuestión era muy superior a los conocimientos del antiguo elegante, que se contentó con mover la cabeza, haciendo un gesto evasivo. Hourdequin vació de un trago el vaso que acababa de llenar. - Esto tiene que acabar, Si el campesino vende bien su trigo, el obrero se muere de hambre; si el obrero come, el campesino se muere. De modo que tenemos que devorarnos los unos a los otros. Después, con los codos sobre la mesa, se desahogó violentamente. Su oculto desprecio por aquel propietario que no cultivaba la tierra que le alimentaba, se advertía en cierta vibración sistemática de su voz. - Me ha pedido datos para sus discursos. Pues bien, el primero es que usted tendrá la culpa si se pierde la Chamade. El colono que tiene allí la descuida, porque su arrendamiento está para terminar y él sospecha la intención de usted de aumentarlo. No se le ve nunca, se burlan de usted y le roban... ¡Nada más natural! Además, hay otra razón para su ruina, y es que nos arruinamos todos; Beauce se agota, sí, la fértil Beauce, la madre del pan, está muriendo-y continuó:- En mi juventud, Perche, al otro lado del Loira, era un país pobre, de escaso cultivo, casi sin cereales, cuyos habitantes venían a segar a Cloyes, a Châteaudun y a Bouneval. Hoy, gracias a la subida constante de la mano de obra, Perche prospera y pronto valdrá más que Beauce, porque se enriquece con el alza de sus productos, pues los mercados de Mondoubleau, de Saint-Calais y de Courtalain proveen al país de caballos, de bueyes y de cerdos. Beauce no vive más que de los carneros. Hace dos años, cuando la roña los diezmó, atravesó una crisis terrible, hasta el punto de que si aquello llega a durar nos hubiéramos muerto todos de hambre. Y refirió su historia, sus treinta años de lucha con la tierra, de la cual salía cada vez más pobre. Le había faltado capital; no pudo trabajar ciertos campos como hubiera querido. Siempre la historia de los abonos, no se empleaba más que el de las granjas, que era insuficiente; sus vecinos se burlaban al verle utilizar abonos químicos, cuya mala calidad daba, por otra parte, la razón a los que se reían de él. Una sola máquina, la de trillar, iba siendo aceptada. Aquello era el enmohecimiento mortal, inevitable, de la rutina; y si él, progresista e inteligente, se dejaba invadir por ella, ¿qué sucedería a los tercios campesinos, hostiles a las novedades, que se morirían de hambre antes que tomar un puñado de su tierra y llevársela a un químico para que la analizase? No, el campesino tomaba siempre la tierra sin pensar en devolverle nada, no conociendo más abono que el estiércol de sus dos vacas y de su caballo. Todo lo demás iba como Dios quería; se echaba la semilla a la tierra, germinaba al azar, y si no germinaba se injuriaba al cielo. El día en que, instruido al fin, se decidiera a emplear un cultivo racional y científico, la producción se duplicaría. Pero hasta llegar a eso, ignorante y obstinado, mataría a la tierra. Así era como Beauce, el antiguo granero de Francia; Beauce, llana y sin agua, que no tenía más que sus granos, se moría poco a poco de agotamiento, cansada de ser sangrada y de alimentar a un pueblo imbecil. - ¡Ah, todo daña al campo!- exclamó. Sí, nuestros hijos verán la ruina de la tierra. Nuestros campesinos, que antes pagaban sueldo a sueldo el precio de sus terrones, hoy compran valores financieros, españoles, portugueses y hasta mejicanos. ¡Y no arriesgarán ni cien francos para mejorar una hectárea! No tienen confianza; los padres se revuelven en su rutina como bestias, y las hijas y los hijos no piensan más que en ordeñar las vacas y en verse libres del trabajo para irse a las ciudades. Pero lo peor es que la instrucción, ya sabe, la famosa instrucción que debía salvarlo todo, activa esa emigración, esa despoblación de los campos, dando a los hijos la vanidad y el gusto del falso bienestar... ¡Mire! En Rognes tienen un maestro, ese Lequeu, un mocetón escapado de la carreta, roído por el rencor a la tierra que ha tenido que cultivar. ¿Cómo quiere que instile a sus discípulos amor por la tierra, cuando todos los días los trata de salvajes, de brutos, y los envía al estercolero paternal, con el desprecio de un letrado? ¡El remedio, Dios mío, el remedio sería seguramente tener otras escuelas, una enseñanza práctica, cursos de agricultura...!, he aquí, señor diputado, un hecho que debe tener muy en cuenta. Insista sobre él allá arriba; la salvación está en las escuelas, si todavía es tiempo. El señor de Chedeville, distraído, presa de malestar por aquella masa de argumentos, se apresuró a responder: - Sí, lo haré. Y como la criada sirviese entonces los postres, queso y frutas, dejando abierta la puerta de la cocina, apareció el lindo perfil de Santiaguilla, y Chedeville se inclinó guiñando el ojo y moviéndose para llamar la atención de la amable muchacha. Luego añadió, con su voz dulzarrona de antiguo conquistador: - Pero no me habla de la pequeña propiedad. Expresaba las ideas corrientes; la pequeña propiedad, creada en el 89, favorecida por el código, estaba

llamada a regenerar la agricultura; todo el mundo debía llegar a ser propietario, poniendo cada cual su inteligencia y su fuerza en cultivar su tierra. - ¡Bah!, -exclamó Hourdequin, la pequeña propiedad existía antes del ochenta y nueve, y en gran proporción. Además, hay mucho que decir sobre la repartición, bueno y malo. Apoyó nuevamente los codos en la mesa y, comiendo cerezas, entró en detalles. En Beauce, la pequeña propiedad, las herencias inferiores a veinte hectáreas, eran el ochenta por ciento. Desde hacía algún tiempo, casi todos los jornaleros, los que se contrataban en las granjas, compraban parcelas, lotes de grandes propiedades desmembradas, que cultivaban a ratos perdidos. Esto era, en verdad, excelente, porque así el jornalero se ligaba a la tierra. Se podía añadir en favor de la pequeña propiedad, que hacía a los hombres más dignos, más orgullosos, más instruidos. En fin, producía proporcionalmente más y de mejor calidad. Pero ¡qué de inconvenientes, por otra parte! Desde luego, aquella superioridad era debida a un esfuerzo excesivo; el padre, la madre y los hijos se mataban a trabajar para poder vivir. Era tan dura aquella labor, que acababa por despoblar los campos. Después, la distribución, multiplicando los transportes, deterioraba los caminos y aumentaba los gastos de producción, sin hablar del tiempo perdido. El empleo de las máquinas era imposible para las propiedades pequeñas. En una palabra, la división de la propiedad era un peligro inmenso para la agricultura. - Escuche bien -continuó, se entabla y se agrava la lucha entre la grande y la pequeña propiedad. Unos, como yo, están por la grande, porque parece ir en el mismo sentido de la ciencia y el progreso, con el empleo de las máquinas, con el rodar de los grandes capitales..., otros, al contrario, no creen más que en el esfuerzo individual, preconizan la pequeña propiedad y sueñan con no sé qué cultivo, produciendo sus propios abonos, y cuidando sus terrones, echando sus semillas una a una, dándoles la tierra que piden y cultivando aparte cada planta. ¿Cuál de las dos vencerá? No lo sé. Pero sé bien, como decía usted, que todos los años se parcelan grandes granjas arruinadas y que la pequeña propiedad gana terreno. Conozco en Rognes un ejemplo muy curioso: una vieja se beneficia con menos de una tahulla para ella y para su marido, y se da una vida regalada; sí, la tía Merde, como la llaman, precisamente a causa de que vierte sus excrementos y los de su marido en sus legumbres, según el método de los chinos, a lo que parece. Pero esto no sirve para los cereales; y si, para bastarse a sí mismo, el campesino debe producir de todo, ¿qué sería de nuestros campesinos con sus cereales únicamente? En fin, quien viva lo verá-y se interrumpió para gritar:- Y ese café, ¿para cuándo es?-y luego, encendiendo su pipa, concluyó:- A menos que se mate a la una y a la otra en seguida, y esto es lo que se va camino de hacer. Diga que la agricultura agoniza, señor diputado; que está muerta si no se la socorre. Todo contribuye a ello: los impuestos, la competencia extranjera, el alza continua de los salarios, la evolución del dinero que va hacia la industria y los valores financieros. ¡Ah!, ciertamente no escasean las promesas; todos las prodigan, los prefectos, los ministros, el emperador, y luego, nada... ¿Quiere la verdad desnuda? Hoy un labrador, para sostenerse, se come su dinero o el de los demás. Yo tengo algunos sueldos de reserva, y por eso marchó menos mal. Pero conozco a quien toma préstamos al cinco por ciento, cuando las tierras no dan más que el tres. Necesariamente ha de venir la ruina. El campesino que toma dinero a préstamo es hombre perdido; venderá hasta la camisa. La semana pasada embargaron a uno de mis vecinos: el padre, la madre y cuatro hijos fueron echados a la calle, después que los curiales se comieron los animales, la casa y las tierras. Sin embargo, hace años que se nos promete la creación de un crédito agrícola con intereses razonables. ¡Sí, sí, ya llega! Y esto disgusta hasta a los buenos trabajadores, que lo piensan mucho antes de hacer un hijo a sus mujeres. ¡Una boca más, uno más que se morirá de hambre y renegará de la vida! Cuando no hay para todos, no se tienen hijos, y la nación perece. El señor Chedeville, decididamente molesto, arriesgó una sonrisa inquieta, murmurando: - Es usted muy pesimista. - Es verdad, hay días en que lo echaría todo a rodar-respondió alegremente Hourdequin. Hace treinta años que me duran estas tonterías. No sé por qué me he obstinado de este modo; debería hacer otra cosa. Sin duda, las costumbres y luego la pasión, ¿por qué no decirlo? Esa maldita tierra, cuando le pillas a uno, ya no le suelta. Mire ese mueble; será una tontería, pero me consuelo cuando veo eso. Con la mano extendida señalaba una copa de plata, protegida contra las moscas por una gasa: el premio de honor ganado en una exposición agrícola. Aquellos certámenes en que triunfaba era el aguijón de su vanidad, una de las causas de su obstinación. A pesar del cansancio de su convidado, no se apresuraba a tomar el café; vertía coñac en su taza por tercera vez cuando, habiendo sacado el reloj, se levantó sobresaltado. - ¡Diablo!-dijo. ¡Las dos, y tengo sesión en el ayuntamiento! Se trata de construir un camino. Consentimos en pagar la mitad, pero queríamos una subvención del estado para la otra mitad. El señor de Chedeville se había levantado, y, contento de verse libre, dijo: - Yo puedo serle útil; conseguiremos la subvención. ¿Quiere que le lleve a Rognes en mi cabriolé, puesto que tiene prisa? - ¡Perfectamente! Y Hourdequin salió para hacer enganchar el carruaje, que estaba en el patio. Cuando volvió no encontró al diputado; luego le vio en la cocina. Allí estaba, sonriente, delante de Santiaguilla, y tan cerca de ella, que casi se rozaban sus rostros; los dos se habían gustado, se habían comprendido y se lo decían con elocuentes miradas. Cuando Chedeville hubo subido al carruaje, la Cognette retuvo un momento a Hourdequin para decirle al oído: - Es

más amable que tú, y no le parece bien que me oculte... En el camino, mientras el carruaje rodaba entre sembrados el agricultor volvió a la tierra, su eterno cuidado. Presentaba a su interlocutor notas y multitud de cifras, porque, desde hacía algunos años, llevaba una contabilidad muy detallada. En Beauce no había esto que hicieran otro tanto, y los pequeños propietarios, los campesinos, se encogían de hombros sin comprenderlo siquiera. Sin embargo, sólo la contabilidad daba cuenta exacta de la situación e indicaba qué productos dejaban ganancias y cuáles pérdidas; además, recordaba los precios de venta. En su casa, cada criado, cada animal, cada cultivo, hasta cada herramienta, tenía su página, sus dos columnas, el “debe” y el “haber”. - Al menos-dijo con ruidosa risa-, sé cómo me arruino. Pero se interrumpió para jurar entre dientes. Desde poco antes, a medida que el vehículo avanzaba, intentaba darse cuenta de una escena que se desarrollaba a lo lejos, a orillas del camino. Aunque era domingo, había enviado allí para aventar una parva que corría prisa, una nueva máquina, comprada recientemente. El mozo, que no había reconocido a su amo, burlábase de la aventadora con tres campesinos, a los que había detenido al pasar. Éstos la examinaban como si fuera un bicho raro, y uno de ellos dijo: -Todas éstas son invenciones del diablo contra el pobre mundo... ¿Qué van a hacer nuestras mujeres si se prescinde de ellas? - ¡Anda y que se fastidien los amos!-añadió el criado, dando una patada a la máquina-. ¡Toma, cascajo! Hourdequin lo oyó. Sacó violentamente el cuerpo fuera del carruaje y gritó: - Vuélvete a la granja, Ceferino, y que te den la cuenta. El criado quedó estupefacto, y los tres campesinos echaron a andar, riendo de un modo insultante y burlándose en voz alta. - Ahí tiene -dijo Hourdequin, dejándose caer sobre el asiento. Ya ha visto. Parece que nuestras herramientas perfeccionadas les queman las manos. Por otra parte, me tratan de burgués. El cabriolé, al acabar la cuesta, entraba en Rognes por la calle de Bazoches-le-Doyen, cuando el diputado percibió al abate Godard, que salía de casa de Macqueron, donde había comido aquel domingo, después de la misa. Volvióse a acordar de su reelección, y preguntó: - Y el espíritu religioso, ¿cómo anda en nuestros campos? - ¡Oh, prácticas sí hay; pero en el fondo, nada!, -respondió negligentemente Hourdequin, que no practicaba. Hizo parar el carruaje delante de la taberna de Macqueron, que estaba junto a la puerta con el abate, y presentó a su acompañante. Celina, muy limpia, con su traje de percal, acudía con su hija Berta, la gloria de la familia, vestida de señorita, con su traje de seda. Durante el tiempo que emplearon en las presentaciones, la aldea, que parecía muerta, como adormecida por aquel hermoso domingo, se despertó sorprendida por aquella visita extraordinaria. Por todas las puertas asomaban campesinos, y los niños salían cogidos a las faldas de sus madres. Pero en casa de Lengaigne había mucho disgusto; él alargaba la cabeza, con la navaja en la mano, y su mujer, Flora, se entretenía en pesar cuatro sueldos de tabaco, viendo, llenos de rabia, que aquellos señores bajaban a la puerta de su rival. Poco a poco se acercaban las gentes, se formaban grupos, y todo Rognes sabía ya el gran acontecimiento. - Señor diputado-repetía Macqueron muy confuso-, es verdaderamente un honor... Pero el señor de Chevillé no le escuchaba, encantado por la linda cara de Berta, cuyos claros y ojerosos ojos le miraban atrevidamente. Su madre decía su edad, contaba dónde había hecho sus estudios, y ella misma sonriente, saludando, invitaba a entrar al caballero, si se dignaba hacerlo. - ¿Cómo no, hija mía?-repuso éste. Mientras esto ocurría, el abate Godard suplicaba una vez más a Hourdequin que decidiese al ayuntamiento a votar la consignación necesaria para que Rognes tuviera un cura propio. Cada seis meses hablaba de ello y daba sus razones: su cansancio, sus continuas cuestiones con el pueblo, sin contar el interés del culto. - ¡No me diga que no!-añadió vivamente, al ver al dueño de la granja hacer un gesto evasivo. Hable, espero la contestación. Y en el momento en que Chevillé iba a seguir a Berta, se precipitó hacia él y le detuvo. - Perdone, señor diputado. ¡La pobre iglesia está aquí en tan mal estado! ¡Quiero que la vea, porque es menester que me consiga algunas reparaciones. No me hacen caso, venga, venga; se lo ruego. Muy aburrido, el antiguo elegante se resistía, cuando Hourdequin, sabiendo por Macqueron que muchos de los concejales estaban en el ayuntamiento esperando desde hacía media hora, dijo: - Eso es, vaya a ver la iglesia. Así matará el tiempo mientras yo despacho, y me volverá a llevar a mi casa. Chevillé tuvo que seguir al abate. Los grupos aumentaban, y muchos se pusieron en marcha detrás de él. Todos tenían que pedirle algo. Cuando Hourdequin y Macqueron llegaron al ayuntamiento, encontraron allí tres concejales, uno de los cuales era Delhomme. La sala de sesiones, una vasta pieza blanqueada con cal, no tenía más muebles que una gran mesa de pino y doce sillas de paja; entre las dos ventanas había un armario que servía de archivo, y junto a las paredes, sobre tablas, apilábanse mangas para incendios, regalo de un vecino que no sabía dónde colocarlas, y que sólo servían de estorbo, porque no había bomba. - Señores -dijo cortésmente Hourdequin-, les ruego que me dispensen por mi retraso; he tenido que comer con el señor de Chevillé. Nadie contestó, y no se supo si aceptaban aquella excusa. Sin embargo, habían visto por la ventana llegar al diputado, y la elección próxima les interesaba; pero no había por qué apresurarse para hablar. - Si no somos más que cinco, no podremos tomar ninguna resolución-observó Hourdequin. Felizmente entró Lengaigne. En un principio había resuelto no ir a la sesión, porque no le interesaba la cuestión del camino y esperaba que su ausencia impidiera el acuerdo. Pero le llenó de curiosidad la llegada de Chevillé y se

decidió a ir, para enterarse de algo. - Bueno, ya somos seis y podremos votar-dijo el alcalde. Habiendo entrado Lequeu, que actuaba de secretario, con el libro de actas bajo el brazo, nada se oponía ya a que se abriera la sesión. Delhomme hablaba con su vecino Clou, el albéitar, un hombre alto, seco y moreno. Callaron al observar que los escuchaban. Sin embargo, les habían oído un nombre, el del candidato independiente, el señor Rochefontaine. Estaban por el orden, por la obediencia a las autoridades, que era lo que aseguraba las ventas. ¿Se creía aquel señor más fuerte que el gobierno? ¿Iba él a hacer que el trigo subiera a treinta francos el hectolitro? Demostraba mucha osadía al prometer en sus programas más manteca que pan. Llegaban hasta a tratarle de aventurero, de malvado, que quería robarles sus votos, como si quisiera robarles su dinero. Hourdequin, que habría podido explicarles que Rochefontaine, librecambista, profesaba en el fondo las ideas del emperador, dejaba que Macqueron demostrara su celo bonapartista y que Delhomme hablara con su buen sentido de hombre de pocos alcances, mientras Lengaigne apuntaba, gruñendo en un rincón sus raras ideas republicanas. Aunque no hubiera sido nombrado ni una vez Chedeville, todo lo que se decía le señalaba, y era como inclinar la cabeza ante su título de candidato oficial. - Vamos, señores-dijo el alcalde-; empecemos. Estaba sentado ante la mesa, en su sillón de presidente. Sólo el teniente de alcalde se sentó a su lado. Los cuatro concejales permanecieron en pie, dos de ellos junto a una ventana. Lequeu entregó al alcalde un papel y le habló al oído; después salió dignamente. - Señores-dijo Hourdequin-, he aquí una instancia que nos dirige el maestro de escuela. Era una solicitud pidiendo un aumento de treinta francos al año, fundándose en la actividad que desplegaba. Todos los rostros se contrajeron; mostrábanse avaros del dinero del municipio, como si tuvieran ellos que sacarlo de sus bolsillos, sobre todo en lo que se refería a la escuela. Fue denegada sin discusión. - Bueno, le diremos que espere. Tiene mucha prisa ese joven, Hablemos ahora del camino. - Dispense, señor alcalde-interrumpió Macqueron-; yo quería decir cuatro palabras acerca de la parroquia. Sorprendido Hourdequin, comprendió entonces por qué el abate había comido en casa del tabernero. Aquella proposición tuvo la misma suerte que la solicitud del maestro de escuela. No eran bastante ricos para pagar un cura propio, por más que verdaderamente no era honroso contentarse con las sobras de Bazoches-le-Do- yen. Todos se encogían de hombros y preguntaban si sería mejor la misa teniendo un cura para ellos solos. ¡No, no! Había que hacer reparaciones en la casa cural, y un cura propio costaría; los domingos, con media hora de otro, bastaba. El alcalde, disgustado por la iniciativa de su teniente, concluyó: - No ha lugar, el ayuntamiento ha decidido ya. Y ahora a nuestro camino; es preciso acabar. Delhomme, llame a Lequeu. ¡Si creerá ese animal que vamos a estar deliberando sobre su instancia hasta la noche! Lequeu, que esperaba en la escalera, entró gravemente, y como no le hicieran saber el resultado de su petición, quedó inquieto, murmurando sordos insultos. ¡Ah, raza maldita la de aquellos campesinos! Sacó del armario el plano del camino y lo extendió sobre la mesa. El ayuntamiento conocía muy bien aquel plano, que rodaba por allí hacía ya algunos años. Pero no por eso dejaron de aproximarse todos y examinarlo una vez más. El alcalde enumeraba las ventajas que tendría para Rognes; una pendiente suave que permitiría a los carruajes llegar a la iglesia; se acortaba en dos leguas el camino de Chateaudun, que pasaba por Cloyes, y el pueblo no tendría más que tres kilómetros a su cargo, pues los vecinos de Blangy habían votado ya el otro trozo, hasta el empalme con el camino real de Chateaudun a Orleáns. Escuchábanle todos con los ojos fijos en el papel, sin que nadie abriera la boca. Lo que había impedido que fracasara antes el asunto había sido la cuestión de las expropiaciones. Todos veían en ello su fortuna, inquietándoles saber si pasaría por sus tierras. Lo demás les importaba poco. Se burlaban de la pendiente suave y del camino más corto. ¡Aquello era cuenta de sus caballos! Hourdequin no tenía, por tanto, necesidad de hacerles hablar para conocer sus opiniones. Por su parte, él deseaba vivamente aquel camino, porque pasaba por delante de la granja y beneficiaba sus tierras. Por la misma razón, Delhomme y Macqueron, cuyos terrenos quedaban a la orilla, trabajaban porque se votase. Ya eran tres; pero ni Clou ni el otro concejal tenían interés en el asunto; y en cuanto a Lengaigne, se oponía violentamente al proyecto, porque no ganaba nada en él, y le desesperaba que su rival se beneficiara. Si Clou y el otro dudoso votaban en contra, serían tres contra tres. Hourdequin estaba inquieto. Por fin comenzó la discusión. - ¿Para qué sirve?-repetía Lengaigne-. Ya tenemos un camino, y es gana de gastar el dinero, tomándolo del bolsillo de Juan para meterlo en el de Pedro, Además, tú has prometido regalar tu terreno... Aquella ironía iba dirigida a Macqueron. Pero éste, que sentía amargamente su acceso de liberalidad, mintió con mucha frescura. - Yo no he prometido nada... ¿Quién te ha dicho eso? - ¿Quién? ¡Pues tú!, y delante de testigos. Que lo diga Lequeu, que estaba allí... ¿Verdad, Lequeu? El maestro de escuela, que estaba rabioso, hizo un gesto de brutal desdén. ¿Qué le importaban a él aquellas historias? - De modo-continuó Lengaigne-que ya no hay honradez en la tierra. No, yo no voto ese camino. ¡Eso es un robo! Viendo cómo se ponían las cosas, el alcalde se apresuró a intervenir. - Todo eso son habladurías. ¿Vamos a entrar en cuestiones personales? Sólo debe guiarnos el interés público, el interés común. -Ciertamente-declaró prudentemente Delhomme. El nuevo camino prestará grandes servicios a todo el término municipal. Sólo que sería

preciso saber. El prefecto nos dice siempre; “Voten una suma, y ya veremos lo que el gobierno puede hacer por ustedes.” Y si no hace nada, ¿a qué perder el tiempo en votaciones? Entonces Hourdequin creyó deber suyo lanzar la gran noticia que tenía en reserva. - A propósito, señores; les anuncio que el señor de Chedeville se compromete a conseguir del gobierno una subvención de la mitad de los gastos. Ya saben que es amigo del emperador. No tendrá más que hablarle de nosotros a los postres. El mismo Lengaigne quedó vencido, y todos los rostros tomaron una expresión de respeto, como si pasara el viático. La reelección del diputado estaba asegurada; el amigo del emperador era el bueno, el que se encontraba en la fuente de los empleos y del dinero; el hombre conocido, honorable, poderoso, el amo. Desde entonces todo el mundo bajó la cabeza. Sin embargo, Hourdequin seguía preocupado por la actitud reservada de Clou. Levantóse y miró hacia fuera, y habiendo visto al guarda de campo, le ordenó que fuese a buscar al tío Loiseau y le llevase allí muerto o vivo. Ese Loiseau era un viejo campesino, sordo, a quien habían nombrado concejal y que no iba nunca a las sesiones, porque decía que le producían dolor de cabeza. Su hijo trabajaba en la Borderie y era afecto por completo al alcalde. Apenas apareció, éste se contentó con gritarle al oído que se trataba del camino. Ya escribía cada uno su papelito. Después se procedió a la votación de la mitad de los gastos en una cajita de madera blanca, parecida a un cepillo de iglesia. La mayoría fue soberbia. Seis votos contra uno, el de Lengaigne. Aquel animal de Clou también había votado. Y se levantó la sesión, después que todos firmaron el acta, que el maestro de escuela había redactado de antemano, dejando en blanco el resultado de la votación. Todos se alejaron lentamente, sin saludarse, sin darse la mano, separándose en la escalera. - ¡Ah, se me olvidaba- dijo Hourdequin a Lequeu que seguía esperando!, su solicitud de aumento de sueldo ha sido negada, el ayuntamiento encuentra que se gasta ya mucho en la escuela. - ¡Brutos!-exclamó el joven cuando quedó solo, id a vivir con vuestros cerdos. La sesión había durado dos horas, y Hourdequin encontró en la puerta de la alcaldía al señor de Chedeville, que volvía de su paseo por el pueblo. El cura no le había hecho gracia de ninguna de las miserias de la iglesia: el techo abierto, los vidrios rotos, las paredes desnudas. Luego, cuando escapó al fin, de la sacristía, que necesitaba ser repintada, los vecinos envalentonados ya, se lo habían disputado teniendo todos alguna reclamación que hacerle o algún favor que pedirle; una vieja, después de haber arrastrado al diputado a su casa, le enseñó sus piernas hinchadas, preguntándole si en París habría algún remedio para aquello. Mareado, sofocado, el diputado sonreía, prometiendo siempre. ¡Ah, era un buen hombre, que no se mostraba orgulloso con la gente pobre! - Y qué, ¿nos vamos?-preguntó Hourdequin. Me esperan en la granja. Pero entonces llegaban Celina y su hija, suplicando al señor de Chedeville que entrase un momento; éste no habría deseado otra cosa, respirando al fin, consolado al volver a encontrar los lindos ojos de la joven. - No, no-dijo el dueño de la granja-; no tenemos tiempo; otro día. Y le obligó a subir al cabriolé, mientras que a una pregunta del cura, que estaba esperándole, respondía que el ayuntamiento había dejado en el mismo estado la cuestión de la parroquia. El cochero arreó al caballo. Quince días después, el señor de Chedeville resultaba elegido por gran mayoría, y a fines de agosto ya había cumplido su promesa y el ayuntamiento recibía una subvención del estado para las obras del camino nuevo. Los trabajos comenzaron en seguida. La noche del primer día que se trabajó en él, Celina, tan flaca y negra como de costumbre, estaba en la fuente, ocupada en escuchar a la mujer de Becu, que, con las manos debajo del delantal, charlaba como una cotorra. Desde hacía una semana, la fuente estaba en sublevación perpetua a causa del asunto del camino; no se hablaba más que del dinero que se había dado a algunos y de la rabia terrible que pasaban otros. La mujer de Becu tenía al corriente a Celina de cuanto hablaba Flora Lengaigne; no por mortificarla, ciertamente, sino, por el contrario, para conseguir que se explicase y porque era la mejor manera de hacerle hablar y de oírla. Un grupo de mujeres escuchaba también olvidando sus ocupaciones, con la boca abierta y los cántaros en el suelo. - Vamos, le aseguro que ha dicho que eso ha sido un arreglo entre el alcalde y el teniente de alcalde, para robar unos terrenos, y ha dicho también que su marido tenía dos palabras y dos caras... En aquel momento salía Flora de su casa con un cántaro en la mano. Cuando estuvo allí, tan gorda, fofa y oronda como siempre, Celina, que se salía fácilmente de sus casillas, puso los brazos en jarras y empezó a soltar sapos y culebras por la boca, poniéndola de vuelta y media, echándole en cara las puterías de su hija y acusándola a ella también de meterse en la cama con sus parroquianos. La otra, en cambio, arrastraba las chanquetas, y llorando y gimiendo, se contentaba con decir: - ¡Vaya una cochina! ¡Vaya una cochina! La mujer de Becu se interpuso entre ambas y quiso obligarlas a que hicieran las paces, a que se diesen un beso, cosa que por poco hizo que se arrancaran el pelo. Luego dio otra noticia: - ¿No sabéis que las hijas de Mouche van a recibir quinientos francos? - ¡Imposible! Olvidaron entonces sus rencillas y sus insultos, y todas las mujeres se agruparon, dejando los cántaros, unos ya llenos, otros vacíos, al pie de la fuente. ¡Pues sí señor! El camino pasaba por las tierras de las hijas de Mouche y les cogía veinticinco metros de huerta, a veinte francos de indemnización; la cuenta era bien clara, quinientos francos; y, además, el resto de la finca adquiriría mayor valor. ¡Qué suerte! - Pues entonces, Elisa se ha convertido en un buen partido, a pesar del chiquillo que tiene. El demonio de

Caporal ha tenido buena nariz y ha hecho bien en insistir. - A menos-añadió malévolamente Celina, que Buteau vuelva a ocupar su sitio, su parte de huerta gana también mucho con ese camino. La mujer de Becu se volvió y, dándoles un codazo para que callasen, les dijo; - ¡Chist! ¡Callaos! Llegaba Elisa, alegre como unas castañuelas, con su cántaro debajo del brazo. 11. ELISA y Francisca, que habían vendido la vaca colorada porque estaba demasiado gorda y no daba ya leche, decidieron ir aquel sábado al mercado de Cloyes, con objeto de comprar otra. Juan se ofreció a llevarlas en un carrillo de la granja. Estaba libre aquella tarde, y el amo le autorizó para usar el carro, sin duda por consideración a los rumores de que se casaba con la mayor de las hijas de Mouche. Y, en efecto, la boda estaba decidida; por lo menos, Juan había prometido ir a ver personalmente a Buteau la semana siguiente, para plantear el asunto. El uno o el otro: era necesario decidir. Salieron del pueblo hacia las dos, él en la delantera con Elisa, y Francisca sola en el interior del carro. De vez en cuando el joven volvía la cabeza para mirar y sonreír a Francisca, cuyas rodillas, apoyadas en sus riñones, le daban calor. Era una lástima que tuviese quince años menos que él; si se resignaba a casarse con la mayor, después de mucho reflexionar y de infinitas vacilaciones, debía de ser, allá en el fondo, sólo por el gusto de vivir al lado de la pequeña. ¡Se hacen tantas cosas sin saber por qué, cuando se ha dicho uno algún día que las haría de buena gana! A la entrada de Cloyes puso el caballo al galope por la cuesta empinada del cementerio; al desembocar en la esquina de la calle Mayor y la de Gronaise, con objeto de ir a desenganchar el carro en la Posada del Buen Labrador, señaló bruscamente la espalda de un hombre. - ¡Mira, parece Buteau! - Es él-declaró Elisa. Sin duda irá a casa del señor Baillehache... ¿Aceptaré por fin, su parte? Juan empezó a sacudir el látigo y se echó a reír. - Tal vez. ¡Es muy listo! A pesar de haber observado su llegada, Buteau fingió no verlos, y siguió andando, mientras los otros le veían alejarse, pensando, sin decírselo unos a otros que había llegado el momento en que podrían explicarse. En el patio de la Posada del Buen Labrador, Francisca, que no había vuelto a hablar, bajó la primera por una rueda del carro. El patio estaba ya lleno de carros desuncidos, y el edificio entero de la antigua posada hallábase animado por el bullicio y la actividad propios de un día de feria. - ¿Vámonos por ahí?-preguntó Juan cuando volvió de la cuadra, donde dejó el caballo. - Pues claro; ahora mismo. Al salir, en vez de encaminarse directamente por la calle del Temple al mercado de ganado, en la plaza de San Jorge, el joven y las dos muchachas pasearon por la calle Mayor, entre los puestos de hortalizas y fruta instalados a uno y otro lado del arroyo. Él, con la cabeza cubierta por una gorra de seda, llevaba una blusa azul sobre su pantalón de paño negro; ellas, vestidas también como en los días de fiesta, con el pelo recogido en sus sombrerillos redondos, llevaban vestidos iguales, chaqueta de lana oscura, falda gris, y encima de ésta un delantal de percal rayado; no iban del brazo, sino uno detrás del otro, defendiéndose como podían de los apretujones y empujones de la gente. Había un gentío inmenso, criadas y burguesas que pasaban por delante de las mujeres del campo, llegadas desde lejos, encorvadas bajo el peso de una o dos cestas, que colocaban en el suelo. Vieron a la Frimat, con las manos amoratadas por haber ido desde Rognes cargada con dos cestas enormes, en las que había de todo: ensaladas, alcachofas, ciruelas, y hasta tres conejos vivos. Un viejo acababa de descargar a su lado un carro de patatas, que vendía al por menor. Dos mujeres, madre e hija, llamada esta última Norina y célebre por su mala vida, colocaban sobre una mesa coja pedazos de bacalao, arenques, sardinas en salazón y otros pescados en conserva, que iban sacando de unos barriles que exhalaban un olor insufrible. La calle Mayor, tan solitaria durante la semana, a pesar de sus bonitas tiendas, su farmacia, su quincallería, sus novedades parisienses, y el bazar de Lambourdieu, resultaba estrecha aquel sábado, como todos los sábados; las tiendas estaban llenas, los carros no podían circular, y por las aceras, atestadas de cestas, no se podía dar un paso. Elisa y Francisca, seguidas de Juan, llegaron así, lentamente, hasta el mercado de aves, en la calle de Beau-donnière. Allí había grandes canastos llenos de pollos y gallinas, entre cuyas cabezas asomaban los enormes cuellos de algunos gansos. Pollos y gallinas, muertos y desplumados cuidadosamente, se alineaban en las tablas de los puestos. Encontrábanse también otras mujeres del campo que habían llevado cuatro o cinco libras de manteca, o un par de docenas de huevos, aquéllas sus quesos, éstas otros productos procedentes todos de los corrales de los pueblecillos vecinos. Algunos habían acudido con un par de capones vivos, atados por las patas. Varias señoras regateaban a grito pelado, para hacerse oír, una magnífica partida de huevos que estaban descargando a la puerta de la Posada de los Polleros. Allí se hallaba Palmira, que los sábados, cuando no tenía trabajo en Rognes, se ajustaba en Cloyes para cargar y descargar fardos que la destrozaban los riñones. - ¡Ésa sabe ganarse el pan! -observó Juan. La muchedumbre aumentaba por instantes. Por la carretera de Mondoubleau seguían llegando carros, que desfilaban delante del puente. A derecha e izquierda corría el Loira, formando suaves curvas, deslizándose a nivel de los prados, bordeado a la izquierda por los jardines del pueblo, cuyas lilas y enredaderas dejaban caer en algunos sitios sus ramas hasta tocar el agua. A lo lejos se veía un molino de aceite, y más cerca uno de trigo, edificio grandísimo, del cual salía un ruido infernal, producido por las piedras y los alegres cantares de los molineros, que, de vez en cuando, aparecían en la puerta o en una ventana, completamente blancos de harina. -

¿Vamos a ver si vemos a ése?-preguntó Juan. - Sí, sí, vamos. Volvieron a pasar por la calle Mayor y a detenerse en la plaza Saint-Lubin, frente al ayuntamiento, donde se hallaba el mercado de granos. Lengaigne, que había llevado cuatro sacos de trigo, estaba allí, en pie, con las manos en los bolsillos. Entre un grupo de labriegos silenciosos y cabizbajos hablaba Hourdequin con gesto colérico. Habían esperado un alza en los precios; pero, lejos de eso, el precio de dieciocho francos había oscilado, hasta bajar veinticinco céntimos. Pasó por allí Macqueron, que llevaba del brazo a su hija Berta, él con un paletó grasiento y raído, y ella, en cambio, con un vestido de muselina y un sombrerito muy coquetón, adornado con flores. Cuando Elisa y Francisca, después de haber doblado la esquina de la calle del Temple, pasaban por delante de la iglesia de San Jorge, en la puerta de la cual se habían instalado varios vendedores ambulantes, ambas profirieron una exclamación de sorpresa al mismo tiempo. - ¡Oh, la tía Rosa! En efecto, era la vieja Fouan, a quien su hija había llevado en su carrujillo sólo por proporcionarle esa distracción. Las dos esperaban en pie junto a la rueda de un amolador, al cual había entregado la vieja unas tijeras para que las afilase. Las usaba desde hacía treinta años. - ¡Hola! ¿Sois vosotras? Fanny se volvió y, al ver a Juan, añadió: - ¿Conque venís a divertirnos? Pero cuando supieron que las primas iban a comprar una vaca para reemplazar a la que habían vendido, se interesaron en la compra y las acompañaron. Ellas habían ya vendido lo que llevaban al mercado. El joven echó a andar detrás de las cuatro mujeres, que caminaban en fila. Así llegaron a la plaza de San Jorge, vasto cuadrado de cien metros, que se extendía detrás de la iglesia, la cual, con su elevada torre, con un reloj debajo del campanario, la dominaba por completo. Filas de copudos árboles cerraban los cuatro lados del cuadrilátero, de los cuales dos estaban protegidos por cadenas cerradas con candado y los otros dos tenían palos y estacas de madera, a las que ataban las bestias. Por la parte de la plaza en que se hallaban los jardines crecía tan abundantemente la hierba, que cualquiera se hubiese creído en el campo, mientras que el otro frente estaba limitado por tabernas con letreros tales como El racimo de uvas, Los buenos cosecheros, etcétera. Seguidas por las otras, Elisa y Francisca tuvieron que esforzarse para cruzar la plaza, en la que bullía una gran muchedumbre. Entre la masa de hombres con blusa de todos los tonos del azul, desde el fuerte de la tela nueva hasta el pálido y descolorido de las telas viejas y muy lavadas, no se veían más que las manchas redondas y blancas de los sombreros de las mujeres. Algunas señoras paseaban el tornasol de sus sombrillas. Oíanse risas y gritos roncacos, que se perdían en el enorme murmullo, cortado, a veces, por el relincho de un caballo o el mugido de una vaca. Un asno rebuznaba con toda la fuerza de sus pulmones. - Por aquí -dijo Elisa, sin volver la cabeza. Los caballos estaban en el fondo, sujetos a unas estacas, sin más aparejo que una cuerda atada al cuello y otra a la cola. A la izquierda, las vacas estaban sueltas al lado de los vendedores, que las volvían hacia todas partes para enseñarlas mejor. Grupos de personas se detenían a mirarlas; allí no se reía, ni se hablaba más que alguna palabra de vez en cuando. Las cuatro mujeres quedaron mirando una vaca blanca y negra que vendía un matrimonio. La mujer, muy morena, de frente estrecha y mal encarada, sujetaba a la vaca; el hombre estaba detrás, inmóvil y silencioso. El examen detenido, profundo, mudo, duró diez minutos. Las cuatro mujeres no cambiaron ni una sola palabra, ni una mirada. Se alejaron e hicieron lo mismo con otra vaca que estaba a veinte pasos más allá. Ésta, grande y negra, la llevaba una muchacha, casi una niña, bonita y graciosa; Repitieron la operación siete u ocho veces más, examinando las vacas que se hallaban en la venta. Finalmente, volvieron donde estaba la primera, y se absorbieron nuevamente en su contemplación. Pero esta vez la cosa era más seria. Las cuatro mujeres escudriñaban las patas y la piel de la vaca, con mirada fija y penetrante. La vendedora, por su parte, no hablaba tampoco, y miraba a otra parte, como si no las hubiera visto. Al fin, Fanny se inclinó y dijo una palabra al oído de Elisa, una observación acerca del animal. La vieja Fouan y Francisca se comunicaron también sus impresiones. Luego volvieron todas a su silencio e inmovilidad y continuó el examen. - ¿Cuánto?-preguntó Elisa de pronto. - Cuarenta pistolas -respondió la campesina. La pistola equivalía a diez francos. Todas fingieron asustarse y disponerse a marchar. Al volverse para buscar a Juan, tuvieron la sorpresa de encontrarle detrás de ellas con Buteau, charlando los dos como buenos y antiguos amigos. Buteau, que había ido desde Chamade para comprar un cerdo, estaba regateando uno que le gustaba. Los cerdos, metidos entre cuatro tablas, dispuestas al efecto, detrás del carro que los había llevado, se mordían y gruñían de un modo capaz de romper el tímpano a cualquiera. - ¿Quieres veinte francos?-preguntó Buteau. - ¡No, treinta! - ¡Pues vete a paseo y guárdatelo! Contento y satisfecho se dirigió hacia las mujeres, riendo, y tan fresco delante de su madre, su hermana y sus primas, como si nada sucediera entre ellos y las hubiera visto el día antes. Por su parte, ellas conservaron también su aspecto tranquilo, olvidadas, al parecer, de aquellos dos años continuos de riñas y querellas. Solamente su madre, a quien habían dicho que le vieron por la calle de Gronaise, le miraba con fijeza, como si quisiera averiguar lo que había ido a hacer a casa del notario. Pero no lo adivinaba. Ninguno de los dos abrió la boca para dirigirse la palabra. - ¿De modo, prima, que estás comprando una vaca? Me lo ha dicho Juan... ¡Pues mira, allí hay una muy hermosa! Es la mejor que ha venido al mercado; un buen animal. Y designaba precisamente a la negra y blanca. - ¡Cuarenta pistolas! ¡Muchas gracias!-murmuró Francisca. -

¡Cuarenta pistolas para ti, tonta!-dijo él, dándole una palmada en el hombro-. Eso es una broma. Pero la muchacha se enfadó; le devolvió la palmada y contestó con aire rencoroso: - ¡Déjame en paz! Yo no juego con los hombres. Buteau se echó a reír alegremente, y, volviéndose hacia Elisa, que permanecía seria y un poco pálida, le dijo: -Y tú, ¿quieres que intervenga en la compra? ¿A que me la dan por treinta pistolas? ¿Te apuestas cien sueldos? - No tengo inconveniente en que pruebes. Rosa y Fanny aprobaban con la cabeza, porque sabían que Buteau era feroz, terco como él solo para regatear, insolente, embustero, ladrón, capaz de vender las cosas por tres veces su precio y de comprarlo todo poco menos que de balde. Las mujeres, pues, dejaron que se acercara con Juan, en tanto ellas se alejaban algo, para que no pareciese que tenían que ver con aquello. El gentío aumentaba por el lado del ganado; los grupos se apartaban del centro de la plaza para acercarse a los árboles. Había un vaivén continuo. Nadie compraba todavía; ni siquiera una venta se había efectuado, aunque el mercado estaba abierto hacía ya más de una hora. La gente se hacía la remolona y se espiaban unos a otros con miradas de reojo. Los pasos lentos y las largas contemplaciones de las vacas menudeaban. Pero, por encima de las cabezas, las ráfagas de aire llevaron los ecos de un tumulto. Dos caballos atados juntos se encabritaban y se mordían, relinchando furiosamente y golpeando con fuerza el suelo con los cascos. Hubo un momento de pánico; las mujeres huían, mientras unos latigazos, mezclados con juramentos furiosos, restablecían la calma. Y en el claro que el terror había producido en la plaza, una bandada de palomas picoteaban entre las piedras. - Vamos a ver, buena mujer, ¿en cuánto la vende? -preguntó Buteau a la propietaria de la vaca. Ésta, que había visto toda la maniobra de las mujeres contestó tranquilamente: - En cuarenta pistolas. Buteau fingió tomar la cosa a broma y se dirigió al hombre, que permanecía apartado y silencioso. - ¡Eh, tú, amigo! ¡Tu mujer debe de estar loca cuando pide ese precio! Mientras bromeaba y reía, examinaba de cerca a la vaca; encontraba que tenía muy buenas condiciones para dar leche abundante. Tenía la cabeza delgada, los cuernos finos y los ojos muy grandes; su vientre estaba surcado por grandes venas, las patas eran delgadas y la cola pequeña. Se agazapó, tocó las ubres, tiró de los pezones, y, levantándose luego, apoyó una mano en el lomo del animal y continuó su regateo. - Cuarenta pistolas, ¿eh? ¡Vaya broma! ¿Quieren treinta? Y su mano se aseguraba, entre tanto, de la fuerza de los huesos. En seguida la bajó, metiéndola entre las dos ancas, en el sitio en que la piel, fina y de hermoso color, anunciaba una leche abundante. - ¿Hacen las treinta pistolas? - No; cuarenta-respondió la campesina. Él volvió la espalda y ella se decidió entonces a hablar. - Es un hermoso animal, ya lo ve. Cumplirá tres años próximamente, y dentro de quince días verá cómo está contento si se queda con ella. - Treinta pistolas-repitió Buteau. Entonces, al ver que se alejaba, la mujer dirigió una mirada a su marido y gritó: - ¡Vamos, venga! Con tal de irme pronto... ¿Quiere dar treinta y cinco? Buteau se había detenido y despreciaba la vaca. No estaba bien formada, ni tenía riñones; en fin, era un animal mal cuidado, que había que mantener, perdiendo dinero, durante dos años por lo menos. Luego pretendió que estaba lastimada de una pata, lo cual no era verdad. Mentía por mentir, con manifiesta mala fe, con la esperanza de enfadar y de aturdir a la vendedora. Pero ésta se encogía de hombros. - Treinta pistolas. - No; treinta y cinco. Esta vez le dejó marcharse. Buteau se reunió con las mujeres y les dijo que aquélla era dura de pelar y que había que buscar otra. El grupo se detuvo delante de la vaca negra que sujetaba la muchacha bonita. Aquélla costaba precisamente trescientos francos. Pareció que no la encontraba muy cara; se extasió contemplándola y, bruscamente, volvió hacia donde estaba la otra. - ¿Es decir, que voy a llevar mi dinero a otra parte?-dijo a la primera vendedora. - ¡Caramba! Si hubiese posibilidad..., pero no puede ser... Es menester que ceda un poquito. Y bajándose y cogiendo las ubres, añadió: - ¡Mire qué hermosas son! - No me conviene-volvió a decir Buteau-. Treinta pistolas. - No; treinta y cinco. Todo pareció concluido. Buteau había cogido a Juan del brazo para demostrar que desistía del negocio. Las mujeres se les reunieron, emocionadas, opinando que la vaca valía, en efecto, los trescientos cincuenta francos. Francisca, sobre todo, a quien le había gustado mucho, hablaba de comprarla en aquel precio. Pero Buteau se irritó. ¡Pues no faltaba más que dejarse robar de aquel modo! Durante media hora larga se defendió, entre la ansiedad de sus primas, que se estremecían cada vez que un comprador se paraba delante de la vaca. Tampoco dejaba de mirarla de reojo; pero era necesario ser fuerte y seguir con el juego. Nadie sacaría el dinero tan pronto, y ya verían si había algún imbécil capaz de pagar por ella más de los trescientos francos. En efecto, nadie soltaba el dinero, a pesar de acercarse la hora del cierre del mercado. En la carretera estaban probando caballos. Uno, blanco, corría excitado por los gritos guturales de un hombre que sujetaba el ronzal y galopaba a su lado, en tanto que Patoir, el veterinario, encendido y sudoroso, colocado con el comprador en una esquina de la plaza, con las manos en el bolsillo, miraba y daba consejos en voz alta. Las tabernas estaban constantemente llenas de bebedores, que entraban y salían y volvían a entrar, entre las interminables discusiones que se suscitaban para cada compra. Era el colmo del estrépito y de los empujones, entre los cuales no había manera de entenderse. Un becerro, separado de su madre, mugía sin cesar; los perros, atropellados por la muchedumbre, huían, aullando y cojeando; en algún ocasional silencio brusco se oía el vuelo de los cuervos, que, molestos por el ruido, revoloteaban, atontados,

alrededor del campanario de la iglesia. Y dominando el olor acre del ganado, percibíase un fortísimo tufo de la herrería vecina, en la que los campesinos herraban sus caballerías, aprovechando la ida al mercado. - ¡Eh, treinta!- repitió Buteau sin cansarse y acercándose a la campesina. - ¡No! ¡Treinta y cinco! Entonces, como había allí otro comprador que también regateaba, Buteau se acercó a la vaca y le abrió a la fuerza la boca, para mirarle los dientes. Luego la soltó, haciendo un gesto expresivo. Precisamente en aquel momento la vaca defecó. Buteau siguió con mirada de sorna la caída de las boñigas y meneó la cabeza con tal expresión, que el comprador se marchó sin decir palabra. - Ya no la quiero; tiene mala sangre. Esta vez la vendedora cometió la tontería de enfadarse, que era precisamente lo que el buscaba, y le contestó con una serie interminable de insultos. La gente se arremolinaba y reía. Detrás de la mujer, el marido continuaba inmóvil y silencioso. Al fin, la tocó con el codo, y ella dijo: - ¿La quiere por treinta y dos pistolas? - ¡No! ¡Treinta! Y se marchaba de nuevo; entonces ella le llamó con voz entrecortada por la rabia. - ¡Bueno, condenado, llévesela! ¡Pero le juro que si esto se repitiera, preferiría pagársela a vendérsela! La pobre mujer estaba fuera de sí, temblando de furor. Él reía alegremente y se mostraba galante, y hasta se ofrecía a dormir con ella. Elisa se aproximó, llevó aparte a la campesina y le dio los trescientos francos, detrás del tronco de un árbol. Francisca asió la cuerda de la vaca, pero fue preciso que Juan la empujase, porque se negaba a moverse. Rosa y Fanny habían esperado el desenlace, silenciosas y sin cansarse. Por fin, al marcharse, buscaron a Buteau, que estaba dando golpecitos en la barriga al vendedor de cerdos. Acababa de adquirir el lechón que necesitaba por los veinte francos: para pagar, contó primero el dinero, sin sacarlo del bolsillo, y lo volvió a contar en la palma de la mano, que mantenía medio cerrada. Luego fue obra de romanos meter el cochinitillo en un saco que llevaba debajo de la blusa. La arpillera se rompió, y las patas del animal salieron por los agujeros. Y así se lo echó a la espalda y se lo llevó, chillando el animal atrozmente. - Di, Elisa, ¿y mis cien sueldos? Los he ganado. Ella, por seguir la broma, se los dio, creyendo que no los tomaría. Pero los tomó y los hizo desaparecer en el bolsillo. Todos echaron a andar, lentamente, con dirección a la Posada del Buen Labrador. Se acababa el mercado. El dinero brillaba al sol, desparramado sobre las mesas de las tabernas. A última hora todo era más barato. En la esquina de la plaza de San Jorge no quedaban más que algunos animales sin vender. Poco a poco la muchedumbre afluyó hacia la calle Mayor, en la que los vendedores de frutas y hortalizas dejaban libres las aceras y recogían sus banastas. En el mercado de aves no quedaban ya sino paja y plumas. Muchos carros se marchaban; en las posadas enganchaban otros, preparándose a salir. Hacia todas las carreteras, y en dirección a todas partes, desfilaban multitud de gentes, llevando sus bestias del roncal. También pasó por allí Lengaigne al trote de su caballejo negro, después de haber aprovechado el día y la molestia del viaje comprando una hoz. Macqueron y su hija Berta se entretenían en las tiendas. La Frimat regresaba a pie, cargada como a la ida, porque había llenado sus banastas con una porción de cosas. En casa del boticario, y en medio del salón lleno de dorados, Palmira, destrozada de cansancio, esperaba, en pie, a que le prepararan una receta para su hermano, que estaba enfermo hacía una semana; medicina que le costaba veinte sueldos de los cuarenta que había ganado con tanto trabajo. Pero lo que hizo apresurar el paso a las hijas de Mouche y a sus acompañantes fue ver a Jesucristo, borracho como una cuba, dando tumbos de una acera a otra. Sabían que había tomado dinero aquel día, hipotecando la última parcela de tierra que le quedaba. Iba riendo solo y sonando las monedas que llevaba en el bolsillo. Al llegar al Buen Labrador, Buteau dijo con la mayor tranquilidad: - ¿Con que os vais?... Oye, Elisa, ¿por qué no os quedáis tú y tu hermana y tomamos un bocado? La joven pareció sorprendida, y, al observar su primo que se volvía hacia Juan, añadió en seguida: - También me alegraría que se quedase Juan. Rosa y Fanny cambiaron una mirada. Seguro que tenía alguna idea. ¿Se decidiría a casarse después de haber aceptado en casa del notario la escritura de las particiones? Su cara no decía nada. ¡No importaba! Era menester no estorbar nunca. - Bueno-dijo Fanny-, quédate: yo me voy con madre, porque nos están esperando. Francisca, que no había soltado la cuerda de la vaca, declaró secamente: - Yo también me voy. Se empeñó en marcharse, porque se aburría en la posada y estaba deseando llevarse la vaca. Tanto insistió, que los otros tuvieron que ceder. Apenas hubieron enganchado el carro, ataron la vaca a la trasera y montaron en él las tres mujeres. Rosa, que aguardaba una confidencia de su hijo, se atrevió entonces a preguntarle: - ¿No tienes nada que decirme para tu padre? - No, nada respondió Buteau. Ella le miró con fijeza e insistió: - ¿De modo que no hay nada nuevo? - Si hay algo nuevo, ya lo sabréis cuando debáis saberlo. Fanny fustigó al caballo, que salió al paso; la vaca se dejaba arrastrar alargando el cuello, y Elisa quedó entre Juan y Buteau. Cuando dieron las seis, los tres se sentaron a la mesa del comedor de la posada, que daba al café. Sin que Elisa y Juan supieran si los iba a invitar, Buteau fue a la cocina para encargar una tortilla y un conejo. Entre tanto, Elisa exigió a Juan que se explicase, para concluir de una vez y evitarse otro viaje. Pero estaban acabando la tortilla y se disponían a emprenderla con el estofado y aún no había encontrado el muchacho medio de decir palabra. El otro parecía que no se ocupaba de aquello. Comía, reía a carcajadas, y daba rodillazos por debajo de la mesa a la prima y al amigo, en prueba de buena amistad. Luego se habló seriamente y

versó la conversación sobre Rognes y el nuevo camino, y aunque no se habló de la indemnización de quinientos francos, ni del mayor valor de los terrenos, en el fondo de la conversación latían aquellas dos noticias. Buteau volvió a las bromas y brindó, en tanto se reflejaba en sus ojos la idea de un buen negocio: la consideración de aquel terreno mejorado de precio y el recuerdo de aquella antigua novia, con la que debía casarse entonces, y que era más rica. - ¡Diablos!-exclamó-. ¿No vamos a tomar café? - ¡Tres cafés!-pidió Juan. Y pasó otra hora sin que Buteau acabase de declarar su pensamiento. Avanzaba, retrocedía, vacilaba, ni más ni menos que cuando algunas horas antes regateaba la vaca. En el fondo, estaba decidido, pero era necesario mirar las cosas despacio. De pronto se volvió bruscamente hacia Elisa y le dijo: - ¿Por qué no has traído al chico? Ella se echó a reír, comprendiendo que, al fin, habían llegado a la explicación, y le dio un manotazo por toda respuesta, diciendo con indulgente sonrisa: - ¡Ah, qué animal es este Buteau! Esto fue todo. Él bromeó, a su vez, sobre el asunto. La boda estaba resuelta. Juan, turbado hasta entonces, se alegró también, como a aquel a quien quitan de encima un pesado fardo. Por fin habló y lo dijo todo. - Has hecho bien en decidirte, porque iba ya a tomar tu sitio. - Sí, me lo han dicho... ¡Oh! Pero yo estaba tranquilo, porque supuse que me avisarías. - ¡Pues ya lo creo!... Aunque no hubiese sido más que porque es mejor contigo, a causa del chiquillo. ¿No ha sido eso lo que hemos dicho siempre, Elisa? - Siempre; ésa es la verdad. El enternecimiento se retrataba en el rostro de los tres, fraternizaban verdaderamente. Juan, sin sentir envidia ni celos, admirado de haber estado a punto de casarse, pidió que les trajeran cerveza, porque Buteau se empeñaba en que bebiesen algo más. Con los codos apoyados en la mesa, y Elisa entre los dos, variaron de conversación y empezaron a charlar sobre las últimas lluvias, que habían perjudicado a los trigos. Pero en la sala del café, Jesucristo, sentado a la misma mesa que un campesino viejo, borracho como él, armaba un escándalo espantoso. Los clientes, que bebían, fumaban, escupían, envueltos en el humo de los quinqués, no podían entenderse, porque las voces de los dos borrachos dominaban todas las demás. Estaban jugando a las cartas y acababa de surgir una disputa a propósito de la última jugada entre Jesucristo y su compañero, que mantenía lo dicho con aspecto de tranquila obstinación. Parecía, sin embargo, que no tenía razón. La disputa no acababa. Jesucristo, furioso, llegó a chillar tanto que intervino el dueño del establecimiento. Entonces se levantó, fue de una mesa a otra con terquedad de borracho, paseando las cartas, para poner por testigo a todo el mundo de la legalidad de su jugada. Se enfurecía por momentos, y finalmente volvió hacia donde estaba el viejo, que, decidido a defender lo que creía su derecho, permanecía tranquilo, escuchando estoicamente todas las injurias. - ¡Cobarde! ¡Bribón! Sal a la calle y te ajustaré las cuentas. Luego, de pronto, Jesucristo volvió a tomar asiento enfrente de su compañero y, ya calmado, le dijo: - Pero, en fin, siga el juego... Hay que jugar, ¿eh? ¿Cuánto juegas? Había sacado un puñado de monedas de cien sueldos, quince o veinte, y las colocó delante de sí. - Yo juego esto... Juega tú otro tanto. El viejo, interesado, sacó su bolsa sin decir una palabra y puso ante él igual montón de monedas. - Bueno; pues ahora cojo yo una de tu montón, y mira. Cogió la moneda, se la puso con mucha seriedad en la lengua, y la tragó. - Ahora tú coge una de mi montón... y el que más coma, ganadas y guardadas las lleva. Ahí tienes el juego nuevo que he discurrido. Con los ojos extraviados, el viejo aceptó, y con trabajo hizo desaparecer la primera moneda. Pero Jesucristo, diciendo que no necesitaba apresurarse, iba tragándose las tranquilamente, como si fuesen uvas. A la quinta hubo un gran rumor en el café, y la gente, levantándose de las mesas, empezó a hacer corro alrededor de los dos borrachos. ¡Ah, condenado! ¿Qué garganta tendría para tragar monedas de aquel modo? El viejo tragó la cuarta, pero de pronto cayó hacia atrás, con la cara amoratada, sin poder respirar; por un momento le creyeron muerto. Jesucristo se levantó tranquilo y risueño; llevaba diez en el estómago, según su cuenta, que valían cincuenta francos. Buteau, inquieto y temeroso de verse comprometido si el viejo no salía del mal paso, se levantó de la mesa y mandó que engancharan el carro; al mismo tiempo contemplaba las paredes con aire distraído, sin hablar de pagar, aunque había sido él quien invitara a los otros. Juan no tuvo más remedio que pedir la cuenta y pagarla, lo cual acabó de poner a Buteau de humor. En el patio, donde los esperaban los dos carros, dijo a su amigo: - Mira, Juan, quiero que vengas. La boda será dentro de tres semanas... He estado en casa del notario y he firmado el acta; todos los papeles están al corriente. Y haciendo subir a Elisa al carro, le dijo: - Vamos, anda; yo te llevaré... Pasaré por Rognes, aunque tenga que alargar un poco el camino. Juan se volvió solo en su carro. Encontraba todo aquello natural y los siguió. Cloyes dormía, vuelto a su tranquilidad y tristeza de siempre, alumbrado por los amarillentos reflejos de los reverberos. Del estruendo y animación de las horas del mercado sólo quedaba el paso vacilante de algún campesino borracho que se había retrasado. Luego apareció la carretera oscura y silenciosa. Juan acabó por distinguir a lo lejos el otro carro, el que llevaba al futuro matrimonio. Todo se había arreglado bien; era mejor así. Y el antiguo soldado silbaba tranquilamente, satisfecho de verse libre de un peso extraño. 12. ERA la época de la cosecha. El cielo estaba muy azul y la temperatura era muy calurosa, pero refrescada por las brisas. Elisa y Buteau habían fijado la boda para el día de san Juan, que caía aquel año en sábado. Los Fouan recomendaron mucho a Buteau que empezaran las

invitaciones por la Grande, hermana mayor de la familia, que exigía consideraciones y miramientos, como la más rica y temida. Así es que una tarde Buteau y Elisa fueron a casa de la vieja, vestidos los dos con sus ropas domingueras, para rogarle que asistiera a la boda, es decir, a la ceremonia, y luego a la comida, que se celebraría en casa de la novia. La Grande estaba haciendo calceta, sola en su cocina, y, sin disminuir la velocidad de las agujas, los miró con fijeza; dejó que le explicaran, que repitieran dos veces las mismas frases, y, por fin, les contestó con voz agria; - ¿A la boda? ¡Ah, no por cierto! ¿Qué he de ir a hacer yo a la boda? Éso es bueno para los que se divierten. Habían visto colorearse su cara apergaminada ante la idea de aquel convite que no iba a costarle nada; estaban seguros de que aceptaría, pero exigía que se lo rogasen mucho. - Tía, la verdad es que no podemos pasar sin que venga. - No, no, esas cosas no son ya para mí. Ni tengo tiempo, ni tengo qué ponerme. Siempre son gastos... y, la verdad, nadie se muere por no ir a una boda. Tuvieron que repetir varias veces la invitación, hasta que la vieja acabó por decir con tono malhumorado: - Bueno; puesto que no hay más remedio, iré. Pero os aseguro que sólo por ser vosotros... Luego, viendo que no se marchaban, empezó a librar una batalla consigo misma, porque la costumbre exigía que, en tales casos, se ofreciese una copa de vino. Por fin se decidió; bajó a la cueva, aunque había en la cocina una botella de vino empezada, porque tenía para tales ocasiones un poco de vino que se le había agriado y que llamaba "el de despedir invitados". Llenó de él dos vasos y sirvió a su sobrino y a su sobrina de una manera tal, que no tuvieron más remedio que beberlo de un trago para no ofenderla. Se despidieron con la garganta ardiendo. Aquella misma noche Buteau y Elisa se dirigieron a Rosa Blanca, a casa de los de Badeuil. Pero llegaron en ocasión de una trágica aventura. El señor Carlos se hallaba en su huerto agitado y pesaroso. Indudablemente acababa de experimentar una sensación violenta en el momento de podar una enredadera, porque aún tenía las tijeras en la mano y la escalera estaba apoyada contra la pared, por la que trepaba la enredadera. Se contuvo, sin embargo, y les hizo entrar en el salón, en el que estaba Elodia bordando con su modesto aire de siempre. - ¡Ah! ¿Conque os casáis dentro de ocho días? ¡Muy bien hecho, hijos míos! Pero no podremos ir a la boda, porque mi mujer se halla en Chartres y estará allí lo menos dos semanas. Levantó los pesados párpados para dirigir una mirada a la joven. - Sí, en los momentos de más prisa, en las grandes ferias, mi esposa va a ayudar a nuestra hija... Ya sabéis que el comercio tiene sus exigencias y hay días que la tienda está completamente llena de gente a todas horas. Por más que Estrella ha cogido el aire, necesita a su madre en esas ocasiones, sobre todo desde que mi yerno Vancogne no hace nada... Y, además, a mi mujer le gusta ver de cuando en cuando la casa. ¿Qué queréis? Hemos vivido treinta años en ella, y eso siempre tira. El viejo se estremecía, sus ojos se arrasaban en lágrimas al recuerdo del pasado. Y era verdad; su mujer sentía a veces la nostalgia de su casita de la calle de los Judíos, a pesar de hallarse en su agradable retiro burgués, lleno de comodidades, de flores, de pájaros y de sol. Cerraba los ojos y veía al antiguo Chartres, desde la plaza de la catedral hasta las orillas del Eure, y con la imaginación llegaba allí, tomaba por la calle Pía, la de la puerta Cenicienta, luego la de los Caballeros, para ir acortando el camino; bajaba la escalinata del Pied-Pla, y en el último escalón, al llegar al que hacía esquina a la calle de los Judíos, se le aparecía su casita, con su blanca fachada y sus persianas verdes, siempre cerradas. Las dos calles eran muy malas; durante treinta años había contemplado las casas y los miserables habitantes de aquel barrio y el centro de la calleja, con sus arroyuelos de agua sucia y negra y maloliente. Pero ¡cuántas semanas había pasado dentro de su casita, sin salir a la calle, sin ver a nadie! Estaba orgullosa de los divanes y de los espejos del salón, del palosanto y de la caoba de las alcobas, del roble del comedor, de todo aquel lujo, de aquella cómoda severidad, que era creación de ellos, obra suya, a la cual debían su fortuna. Un desfallecimiento melancólico se apoderaba de ella al recuerdo de ciertos rincones íntimos, del perfume persistente de las aguas de tocador, de aquel olor especial de toda la casa, que había conservado en la piel. Por ello esperaba las temporadas de mucho trabajo extraordinario, y se iba rejuvenecida, alegre, después de haber recibido de su nieta dos besos muy apretados, que prometía transmitir a la madre aquella misma noche. - ¡Ah! ¡Es una contrariedad, es una contrariedad! - repetía Buteau, verdaderamente mortificado al pensar que no estarían los Badeuil en la boda-. ¿Y si la prima escribiese a nuestra tía que viniese? Elodia, que iba a cumplir quince años, levantó la cabeza de virgen hinchada y clorótica, de cabello escaso y de sangre tan pobre, que hasta el aire puro del campo parecía contribuir a aumentar su anemia. - ¡Oh, no!-murmuró-. La abuela me dijo que por lo menos tendría que estar allí dos semanas para la confección de bombones. Hasta me prometió que me traería una caja si era buena. - Pues entonces-propuso, al fin. Elisa-, vaya usted; puede ir con la pequeña. Pero el señor Carlos no escuchaba ya: había vuelto a su agitación, y ni oía ni entendía. Iba a la ventana, parecía espiar a alguien y ahogaba en la garganta su cólera, pronta a estallar. Hasta que, al fin, sin poder contenerse ya, despidió a la joven con una palabra. - Ve a jugar un poco, hija mía. Luego, cuando Elodia hubo marchado, acostumbrada a salir siempre que las personas mayores empezaban a hablar algo serio, se colocó en el centro de la habitación, y con los brazos cruzados, con una irritación que hacía temblar todas las facciones de su correcto rostro de antiguo magistrado, dijo: - ¿Se podrá creer? ¿Se ha visto jamás semejante

abominación? Estaba podando el rosal, me subo en el último escalón, me inclino hacia el otro lado de la tapia maquinalmente, y ¿qué diréis que he visto? A Honorina, sí, a mi criada Honorina, con un hombre encima, con las piernas al aire haciendo porquerías... ¡Ah, cochinos, infames! ¡Al pie de las tapias de mi casa! El viejo, que se ahogaba, se puso a pasear, haciendo gestos de noble indignación. - La espero para echarla a la calle, a la muy bribona. ¡Miserable! No podemos tener criada; nos las empuñan a todas. Al cabo de seis meses de estar en casa, ya se sabe, porque es regla general que se hallen en un estado que no les permite servir en una casa honrada... A ésta la he visto yo mismo..., ¡y de una manera!... Decididamente, esto es el fin del mundo. Buteau y Elisa, asombrados, participaban de su indignación por deferencia. - ¡Es verdad, eso no está bien! ¡No, no está bien! De nuevo se detenía Carlos delante de ellos. - ¡Imaginaos que Elodia se sube a esa escalera por casualidad y contempla esa escena! ¡Ella, tan inocente, que no sabe nada de nada y a la cual vigilamos constantemente hasta en sus pensamientos! ¡Se echa uno a temblar al pensarlo! ¡Qué golpe para mi mujer, si estuviese aquí! Precisamente en aquel momento, al mirar por la ventana, vio a la niña que, cediendo, sin duda, a la curiosidad, iba a subirse a la escalera. El viejo se precipitó y le gritó con voz ahogada por la angustia, como si la viera al borde de un precipicio: - ¡Elodia! ¡Elodia, no subas! ¡Aléjate, por el amor de Dios! Sentía que le flaqueaban las piernas, y, dejándose caer en una butaca, siguió gritando y quejándose de la impúdica desvergüenza de las criadas. ¿Pues no había sorprendido a una enseñando a la niña cómo tienen el culo las gallinas? Bastante tenía él con cuidarse de libertarla en la calle de las groserías y atrevimientos de los labriegos y del cinismo de los animales, para que también dentro de su casa tuviera un foco constante de inmoralidad. - Aquí viene ya-dijo bruscamente-. Ahora verán. Tiró de la campanilla y recibió a Honorina sentado, severo, después de lograr, con un gran esfuerzo de voluntad, recobrar la calma. - Haga su baúl y márchese en seguida de esta casa -le dijo-. Le pagaré los ocho días que lleva en ella. La criada, asustada, balbuciente, tartamudeó algunas excusas. -Es inútil; todo lo que puedo hacer es no entregarla a los tribunales por atentado a la moral. Entonces ella se sublevó. - Oiga: ¿es que se me ha olvidado pagar la cama? El viejo se levantó erguido y la despidió con un gesto soberano, señalando con el dedo hacia la puerta. Luego, cuando se hubo marchado, se desahogó brutalmente. - ¡Habrás visto puta semejante! ¡Deshonrar así mi casa! - ¡Ah, sí, lo es, verdaderamente lo es!-dijeron a una Elisa y Buteau. Y este último añadió: - ¿No es verdad que hemos convenido en que irá con la niña? El señor Carlos seguía tembloroso. Había ido a mirarse al espejo y volvía satisfecho de sí mismo. - ¿Adonde? ¡Ah, sí, a la boda! ¡Hacen muy bien, hijos míos, en casarse... Cuenten conmigo; iré, pero no les prometo llevar a Elodia, porque ya saben que en las bodas suelen decirse bromas..., ¿eh? ¿Han visto cómo he plantado de patitas en la calle a esa bribona? Lo que es a mí no me fastidia ninguna... Hasta la vista; cuenten conmigo. Los Delhomme, a cuya casa se dirigieron desde allí Elisa y Buteau, aceptaron también, después de los ruegos de costumbre. Ya no quedaba nadie de la familia más que Jesucristo a quien invitar. Pero se hacía verdaderamente insoportable, riñendo con todos, inventando las mayores indecencias para desconsiderar a los suyos, y se decidieron a prescindir de él, temblando, sin embargo, de que se vengase con alguna nueva maldad. Rognes en masa esperaba, impaciente, porque aquella boda, tanto tiempo aguardada, era un verdadero acontecimiento. Hourdequin, el alcalde, asistió a ella; pero invitado a la comida, tuvo que excusarse, porque tenía necesariamente que dormir aquella noche en Chartres para asistir al día siguiente a la vista de un proceso, y prometió que la señora Santiaguilla iría, puesto que tenían la amabilidad de invitarla también. Pensaron en convidar al padre Godard, con objeto de tener en la boda gente de viso; pero el cura se negó a casarlos porque fijaban para la ceremonia el día de san Juan. Había misa mayor, una gran fiesta de iglesia en Bazoches-le Doyen. ¿Cómo había de ir a Rognes por la mañana? Entonces las mujeres, Elisa, Rosa y Fanny, se empeñaron tanto, que no tuvo más remedio que ceder. Además, y después de largas discusiones, se convino en que la boda se celebraría con mucha sencillez, en familia, a causa de la situación de la novia, que tenía un chiquillo de cerca de tres años. Sin embargo, fueron a la mejor pastelería de Cloyes, para encargar una tortada para el postre, resignándose a hacer el gasto necesario, para demostrar que sabían tirar el dinero cuando llegaba el caso. Habría, como en la boda de la hija mayor de Bordier, los ricos cangrejos de Mailléví, un pastel, dos fuentes de natillas y cuatro bandejas de dulces y bombones. Y también una buena sopa, cuatro pollos asados, cuatro conejos estofados, carne asada y pajaritos. Comida para quince o veinte personas; aún no se sabía el número fijo. Si quedaba algo, al siguiente comerían las sobras. El cielo, algo cubierto aquella mañana, se había desencapotado, y el día terminaba con un calor agradable. Habían puesto la mesa en el centro de la anchurosa cocina, frente al fogón en que se asaban las carnes y hervían las ollas. Era tal el calor, que tuvieron que dejar abiertas de par en par las dos ventanas y la puerta, por las cuales penetraba el olor de los trigos recién segados. Desde el día antes las hijas de Mouche se hacían ayudar por Rosa y Fanny. A las tres sufrieron una emoción cuando apareció el coche de la pastelería, que hacía salir a las puertas de sus casas a todas las comadres del pueblo. En seguida colocaron el postre encima de la mesa para contemplarlo. Precisamente la Grande llegaba con alguna anticipación; se sentó, colocóse el bastón entre las rodillas,

y ya no quitó de los platos sus ojos, de mirada dura y aviesa. ¿Cómo se permitían gastar tanto? Ella no había tomado nada por la mañana, para comer más. Juan que les había servido de testigo, el viejo Fouan y Delhomme, acompañado de su hijo Ernesto, todos de levitón y pantalón negro, con grandes sombreros de copa alta que no se quitaban para nada, jugaban al cané en el corral. El señor Carlos llegó solo, después de haber llevado el día antes a Elodia a su colegio de Chateaudun, y, sin tomar parte en el juego, se interesó en la partida y emitió juiciosas observaciones. Pero a las seis, cuando todo estuvo dispuesto, fue necesario esperar a Santiaguilla. Las mujeres bajábanse las sayas, que habían subido, sujetándoselas con alfileres, para no ensuciarse en el fogón. Elisa estaba vestida de azul y Francisca de rosa, trajes de seda fuerte y pasados de moda, que Lambourdiou les había vendido por el doble de su precio, dándoselos como última novedad de París. La abuela Fouan había sacado del fondo del cofre la falda de popelín color violeta que, desde hacía cuarenta años, lucía en todas las bodas del pueblo; y Fanny, vestida de verde, llevaba todas sus alhajas, su reloj y su cadena, un alfiler, sortijas y pendientes. Cada minuto salía una de las mujeres a la puerta y corría hasta la esquina de la iglesia, para ver si la señora de la granja llegaba por fin. Las salsas estaban hechas y la sopa se enfriaba en los platos, en los que habían tenido la imprudencia de servirla ya. Por fin se oyó una exclamación general: - ¡Ya viene! ¡Ya viene! Apareció el cochecillo. Santiaguilla saltó de él prontamente. Estaba contentísima y había tenido el buen gusto de vestirse de soltera, con un trajecillo de percal blanco con pintas coloradas y sin ninguna joya, sin más adorno que unos brillantitos en las orejas, regalo de Hourdequin, que había revolucionado a las mujeres de las cercanías. Pero todos se quedaron sorprendidos al ver que no despedía al criado que la había llevado, después que le ayudaron a desenganchar el coche. Era un hombre llamado Trou, una especie de gigante, de piel blanca, pelo rubio y aspecto muy animado. Era del Perche y estaba en la Borderie, como criado, desde hacía un par de semanas. - Trou se quedará, ¿quieren?- dijo ella alegremente-. Me acompañará luego. En Beauce no agradan mucho los percherones, a los cuales se acusa de falsos e hipócritas. Todos se miraron: aquel tonto tan alto y tan rubio, ¿sería otro querido de Santiaguilla? Buteau que desde por la mañana, estaba contento, complaciente y bromista, respondió: - ¡Pues ya lo creo que se queda! ¡Basta que venga con usted! Cuando Elisa dijo que la comida aguardaba, todos se sentaron a la mesa, dándose empujones y riendo a carcajadas. Faltaban sillas, y fueron a buscar dos taburetes de paja, en los cuales colocaron unas tablas. Las cucharas golpeaban ya el fondo de los platos. La sopa estaba fría y cubierta de grandes ojos formados por la grasa, que se agarraba a la garganta. Pero no importaba; el viejo Fouan emitió la idea de que ya se derretiría en la barriga, lo cual despertó una verdadera tempestad de risa. Los invitados comían sin cesar; los pollos, los conejos y la carne desaparecieron rápidamente. Aquella gente, tan sobria en casa, comía hasta reventar en la del vecino. La Grande no hablaba para comer más; era increíble lo que tragaba aquel cuerpo seco de octogenaria, sin que se hinchase siquiera. Estaba convenido que Fanny y Francisca se ocuparían del servicio, para que la novia no tuviese que levantarse, pero Elisa no podía contenerse y dejaba el asiento cada cinco minutos, se subía las mangas del vestido y procuraba que éste no se le manchara con el fogón o con algún plato. Pronto decidieron todos servirse por sí mismos, y siempre había alguien en pie, cortando pan o buscando un plato limpio. Buteau, que se había encargado de poner el vino, no paraba. Para no entretenerse en destapar botellas, había puesto allí un tonel, pero tanto y tanto le pedían, que fue preciso que Juan le sustituyese. Delhomme, sentado muy tranquilamente, declaraba, con imperturbabilidad inalterable, que era necesario líquido para no ahogarse. Cuando presentaron el pastel, grande como la rueda de un carro, hubo un momento de recogimiento, como si todos se impresionasen, y el señor Carlos llevó su buena educación hasta jurar por su felicidad que jamás, ni en Chartres, había visto ninguno tan grande. Entonces el viejo Fouan, que estaba muy animado, exclamó: - ¡Caramba, si le pusieran a uno eso en el trasero, pronto les curarían las almorranas! Todos los comensales se retorcieron de risa, sobre todo Santiaguilla, a quien se le saltaban las lágrimas. Y chillaba y añadía multitud de cosas subidas de color, que se perdían entre las risotadas de los demás. Los novios estaban colocados uno frente al otro. Buteau entre su madre y la Grande. Elisa entre el tío Fouan y el señor Carlos; los otros convidados se sentaron donde mejor les pareció; Santiaguilla al lado de Trou, que la acariciaba con sus dulces y mortecinos ojos; Juan junto a Francisca, separado de ella solamente por Julio, el hijo de su hermana, del cual los dos habían prometido cuidar; pero al llegar a la torta se declaró en él una indigestión y fue necesario que la novia acostase a su hijo. Entonces Francisca y Juan quedaron uno al lado de otro. Ella estaba muy inquieta, colorada del calor de la lumbre, rendida de cansancio y sobreexcitada por la bebida. Él, amable y complaciente, quería levantarse para servirle cada vez que necesitaba algo; pero ella se escapaba y se defendía contra Buteau, que, muy animado y risueño todo el día, no dejaba de hacerla rabiarse desde que se sentaron a la mesa. Él la pellizcaba al pasar por su lado, y ella le devolvía un manotón tremendo; luego se levantaba con cualquier pretexto, como atraída para ser pellizcada y pegar de nuevo. Se quejaba de tener ya los muslos hechos un puro cardenal. - Entonces, estáte quieta aquí!- repetía. - ¡Ah, no! Es menester que no crea que por ser mi cuñado va a ser mi marido también. Cuando se hizo de noche, encendieron seis

velas. Hacía tres horas que estaban comiendo, cuando, hacia las diez, llegaron a los postres. Luego tomaron café, pero no una taza, sino dos o tres, a discreción. Las bromas se acentuaban y subían de color; el café daba nervio y era muy bueno para los hombres que dormían demasiado, y cada vez que alguno de los comensales casados bebía un sorbo, la gente se desternillaba de risa. - Haces bien en tomar tanto-dijo Fanny a Delhomme, muy risueña y olvidando su acostumbrada reserva. Él se puso colorado, alegó como excusa el exceso de trabajo, en tanto que su hijo Ernesto, con la boca abierta, reía, entre la explosión de gritos y golpes en las rodillas que había producido aquella confidencia conyugal. El muchacho había comido tanto, que parecía que iba a reventar. Poco después desapareció y ya no lo encontraron hasta la hora de marcharse; estaba durmiendo entre las dos vacas. La Grande fue la que más resistió. A las doce de la noche aún arremetía contra los pastelillos, con la muda desesperación de quien no puede concluir con ellos. Se habían lamido los platos de natillas y recogido cuidadosamente las migajas de los pasteles, y en el abandono de la creciente embriaguez, con los corchetes de los corpiños desabrochados y los botones de los pantalones sueltos, se cambiaba de sitio y se formaban pequeños grupos alrededor de la mesa, llena de pringue y manchada de vino. Los inicios de canto no habían prosperado; solamente la vieja Rosa, con la faz abotagada, seguía tarareando una cancioncilla del siglo pasado, reminiscencia de su juventud, que acompañaba con un acompasado movimiento de cabeza. Tampoco había ganas de bailar; los hombres preferían beber aguardiente y fumar sus pipas, que golpeaban sobre la mesa para quitarles la ceniza. En un rincón, Fanny y Delhomme calculaban al céntimo, delante de Juan y de Trou, cuál sería la situación económica de los recién casados y cuáles sus esperanzas; aquello duró una eternidad, porque iban estimando uno a uno cada centímetro cuadrado de tierra, pues conocían todas las fortunas de Rognes, hasta en las cantidades representadas por la ropa blanca. En el otro extremo, Santiaguilla se había apoderado del señor Carlos, al cual contemplaba con invencible sonrisa y con la curiosidad retratada en sus bellísimos y picarescos ojos. Le estaba haciendo preguntas. - ¿De modo que es bonito Chartres y que tiene muchas diversiones? Y él respondía haciendo el elogio de la ciudad, de sus paseos plantados de árboles hermosísimos, que forman a Chartres un cinturón de sombra. Abajo, a la orilla del Eure, los bulevares eran muy frescos en verano. Luego había que ver la catedral; el anciano se extendía hablando de ella, como hombre bien enterado y respetuoso con la religión. Sí, uno de los más hermosos monumentos, demasiado grande para la presente época de malos cristianos, casi siempre vacío, edificado en una plaza siempre desierta, que, durante los días de trabajo, sólo era cruzada por algunas sombras devotas. Aquel aspecto de gran ruina había tenido ocasión de observarlo un domingo que entró, al pasar casualmente por allí, a la hora de vísperas; allí dentro se tiritaba, no se veía claro a causa de los vidrios de colores, tanto, que sólo logró distinguir las muchachas de dos colegios de niñas, como si fuesen dos puñados de hormigas, cantando con voz chillona bajo aquellas vastísimas bóvedas. ¡Ah, entristecía verdaderamente que se abandonaran así los templos por las tabernas! Santiaguilla, asombrada, seguía mirándole y sonriendo. Al fin acabó por decir en voz baja: - Bueno; pero las mujeres de Chartres... Él comprendió; se puso muy grave, pero se expansionó, sin embargo, influido por la embriaguez general. Ella, sonrosada, temblorosa, risueña, se acercaba a él como para entrar en el misterio del roce de muchos hombres cada noche. Pero aquello no era lo que ella creía, y él le hablaba de lo duro del trabajo, porque tenía el vino melancólico y paternal. Luego se animó cuando Santiaguilla le dijo que se había entretenido en pasar, por curiosidad, por delante de una casa que había en Chateaudun, esquina a la calle de Davignon y a la calle Loireau, una casita muy mal cuidada, siempre con las persianas cerradas. Por detrás, en un jardín muy mal cuidado también, una gran bola de cristal sobre la fuente reflejaba el edificio. El día en que ella estuvo, los chiquillos jugaban a la puerta de la casa, y por encima de las tapias del cuartel de caballería contiguo se oían las voces de mando. Él la interrumpía y se animaba. Sí, sí, conocía aquella casa: dos mujeres feas y estropeadas, y ni siquiera espejos en el cuarto bajo. Aquéllas eran las que deshonraban el oficio. - Pero ¿qué quieren hacer en una capital de cuarto orden?-dijo como cediendo a una filosófica tolerancia, propia de un hombre superior. Era la una de la madrugada, y se habló de acostarse. Cuando se había tenido ya un hijo, era inútil andarse con remilgos para meterse entre las sabanas. Para ellos no había misterios, y lo mejor era dejarse de historias, beber otro trago y... a la cama. En aquel momento Elisa y Francisca dieron un grito. Por la ventana abierta acababa de penetrar un puñado de basura, de boñiga de vaca lanzado con fuerza; los vestidos de las mujeres estaban perdidos, llenos de arriba abajo. ¿Quién sería el puerco que había hecho aquello? Echaron a correr; miraron en la calle, en la plaza, en la carretera, detrás de la tapia de la huerta. Nadie. Pero todos estuvieron acordes en decir que sería Jesucristo, que se vengaba por no haber sido invitado. Los Fouan y los Delhomme se marcharon; el señor Carlos también. La Grande daba una vuelta a la mesa, para ver si quedaba algo que comer, y se decidió a marchar, después de decir a Juan que los Buteau se morirían de hambre, sobre un montón de paja. Por la carretera, mientras los otros, muy borrachos, se alejaban dando traspiés, se oyó su paso firme y seguro al compás de los golpecitos que daba con su bastón. Trou enganchaba el cochecillo para la señora Santiaguilla. Ésta, ya en el estribo, se detuvo y volvió la cabeza. - ¿Vienes

con nosotros, Juan? No, ¿Eh? El muchacho, que se preparaba a subir, se detuvo, contento de dejársela a Trou, puesto que ella parecía desearlo. La vio colocarse muy cerca del cuerpo de su nuevo galanteador, y no pudo reprimir la risa al ver alejarse el carruaje. Decidió volver a pie a la granja y fue a sentarse un momento en el banco de piedra del corral, al lado de Francisca, que se había dejado caer allí, mientras la gente se iba, aturdida por el calor y el cansancio. Los Buteau estaban ya en su cuarto, y ella había prometido cerrarlo todo antes de acostarse. - ¡Ah, qué hermoso es esto!-suspiró la joven, después de cinco minutos de mutismo. El silencio reinó nuevamente. La noche estaba estrellada, fresca y deliciosa. El olor de los trigos subía con tal fuerza desde los campos del Aigre, que embalsamaba el aire como un perfume de flores. - Sí, muy hermoso-repitó Juan por fin-. Alegra el corazón. Ella no respondió, y él advirtió que dormía, escurriéndose del banco y apoyándose en su hombro. Permaneció allí una hora más, pensando en una porción de cosas confusas. Algunos malos pensamientos le asaltaron, pero los desechó en seguida. Ella era demasiado joven y le parecía que, con el tiempo, Francisca envejecería y se le iría acercando. - Lo mejor será que te acuestes, Francisca; te vas a poner mala-le dijo. Ella se despertó sobresaltada. - ¡Vaya! Pues es verdad que mejor se está en la cama-contestó-. Hasta la vista, Juan. - Hasta la vista, Francisca. (*colorado state university 1098-t*).

Audiolibro La Tierra Mile Zola **Cap Tulos 9 Al 12**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>